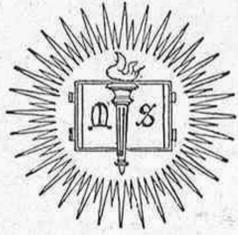


La Ilustración Artística

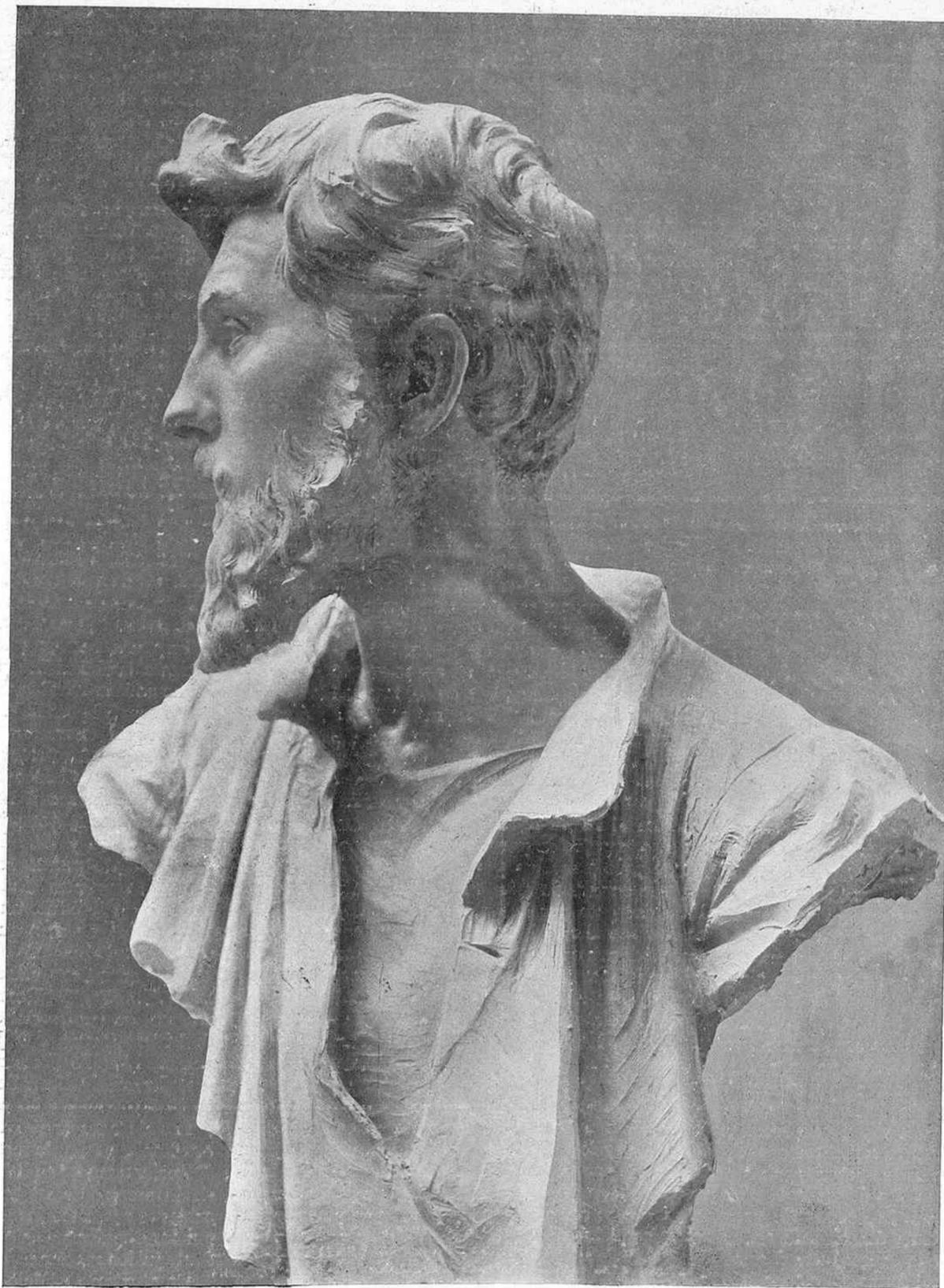


Año XXXII

BARCELONA 3 DE FEBRERO DE 1913

Núm. 1.623

OBRAS NOTABLES DE LA ESCULTURA CONTEMPORÁNEA



EL TRABAJADOR

obra del escultor inglés Eduardo Lanteri que figura en el Museo del Luxemburgo, de París

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Valencia. La Academia de Bellas Artes de San Carlos.* — *Otelo*, por B. Morales San Martín. — *Actualidades extranjeras.* — *Barcelona. La Sociedad Coral de Bilbao.* — *Banquete de la colonia alemana.* — *El Carnaval de Niza.* — *Los terrores del radio* (novela; continuación). — *El nuevo presidente de la República francesa.* — *La Tuna Jovellanos.*
Grabados. — *El trabajador*, escultura de E. Lanteri. — Dibujo de Carreres, ilustración a *Otelo.* — *Canto flamenco*, cuadro de C. Vázquez. — *Valencia. Academia de Bellas Artes de San Carlos* (lámina). — *Actualidades extranjeras* (seis fotografías). — *La Crónica*, cuadro de Juan Pablo Laurens. — *La muerte de Werther*, cuadro de F. C. Baudé. — *Barcelona. La Sociedad Coral de Bilbao. El Sr. Sostres imponiendo una corbata al estanciarlo de la misma. Banquete de la colonia alemana en la Maison Dorée.* — *El Carnaval de Niza.* — *Finca del Sr. Poincaré en Sampigny. Despacho en ésta del señor Poincaré. La señora de Poincaré.* — *Barcelona. La Tuna Jovellanos, de Gijón.* — *La plaza de San Marcos de Venecia*, cuadro de Fernando Cabrera.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Las costumbres cambian, y no de un modo insensible, sino muchas veces a la vista. Por lo mismo que Madrid no es lo que se llama una gran capital, al menos relativamente a otras de Europa, es más fácil en variar y en pegar el salto desde su antigua manera de ser hasta el pico de la moda. No hay transiciones lentas, graduales: España, dijo no sé quién, se civiliza brincando del candil a la luz eléctrica; apenas tiene ferrocarriles, pero hierve en automóviles y no tardará en hervir en aeroplanos.

Así, Madrid ha pasado de no encerrar un hotel aceptable a enorgullecerse con dos, que al menos en lo externo se ajustan al último figurín.

El *Palace* no lo conozco todavía por dentro. Del *Ritz* he oído señalar mil deficiencias, especialmente en la comida. Sea o no verdad, no cabe duda que hemos salido de aquella situación, molesta para el amor propio nacional, de no tener dónde alojar a los personajes extranjeros, los cuales, en ocasiones como la de las bodas del Rey, hubieron de distribuirse en varios palacios de la aristocracia.

Y — volviendo al cambio de las costumbres — la novedad de estos hoteles ha traído consigo otras muchas. En Madrid no se comía de fonda, no era cosa bien vista, o por lo menos no era cosa usual, que las señoras aceptasen esa clase de invitación. Preparó el camino para ella la transformación de la mesa redonda en mesitas chicas, suprimiendo para siempre aquella promiscuidad intolerable de las antiguas «fondas» y «paradores». La mesa redonda era digna de observación para el novelista y el costumbrista: en ella se podía notar, desde la sopa, quién era cada uno, en el terreno de la educación y cortesía. El que agarraba el queso de bola, y oprimiéndolo contra su corazón se cortaba una raja enorme y desigual; el que escupía los huesos de aceituna en el plato; el que bebía vino sin tasa; el que no sabía manejar debidamente tenedor y cuchillo; el que ponía los codos sobre el mantel o lo estrellaba de pringue... Porque de todo esto había en las mesas redondas, y había también comensales muy preciados de finura, que abrumaban a las señoras a fuerza de obsequiosidad, de servirles, sin conocerlas, agua, vino, salchichón y almendras tostadas... Todavía, en hospedajes de provincia, en casas de huéspedes madrileñas, quedan ejemplares de la clásica mesa redonda, con eternos «entremeses», sus palilleros, sus discusiones de sobremesa, a la hora del café, que invariablemente versan sobre toros y política. Pero ya van desapareciendo. Modestas fondas han adoptado el sistema de las mesillas, y hasta les colocan, en medio, una jarra o un vaso con un alelí o cuatro girasoles. El mundo marcha.

Ahora bien, los dos hoteles nuevos hicieron que las señoras, lejos de huir de la vida de fonda, se alegren muchísimo si las invitan a comer o a almorzar, o a la hora del te, en esos elegantes paradores, a cuya puerta se ven siempre coches y automóviles, y cuya iluminación, desde lejos, parece el anuncio de una fiesta perenne. Me han asegurado que hasta hay quien levanta su casa y se va a vivir al hotel, libre de la brega con cocineras, criados, etc... No cabe duda, el porvenir está ahí; cada día es más arduo sostener una casa. Yo sospecho si, andando el tiempo, la vida se organizará en tal forma: se construirán manzanas, calles enteras de hoteles, más o menos santuosos, y en ellos habitará, no el viajero, sino el acomodado burgués, domiciliado en la población, que quiere tener sus cuentas en orden, y saber que el plato, la casa y el servicio no le cuestan más allá de lo que ha presupuestado (*presupuesto, ¿eh?*, no me pongan *presupuestado*) al principiar el año económico... Con los hoteles va sucediendo ya lo que con los hospitales y casas de salud. Antaño, ir al hospital

era como ir a presidio; en las fondas, toda incomodidad tenía su asiento. Hoy los millonarios se hacen operaciones en las casas de salud, y los príncipes se pasan el año en los hoteles. Milagros del lujo y de los adelantos científicos, que nadie puede tener en su casa a la altura que en una de esas grandes instalaciones destinadas al público.

En Madrid, los dos hoteles que compiten en representar la vida moderna, han resuelto un problema: el de las fiestas y comidas, tan complicadas a domicilio. En el hotel se salva la cuestión de amor propio y se ahorran molestias. Un baile, una recepción, una comida de aparato, representan mucho trajín, mucha inquietud, mucho trastorno, muchos *piques* y mucha contrariedad. Hay que volver la casa patas arriba, y que traer — aun teniendo servicio doméstico numeroso — criados de fuera, alquilados, desconocidos. Un error del cocinero os pone en ridículo. Un percance en la electricidad, que se apaga, os compromete. Mil circunstancias, imposibles de prever, os estropean la papeleta. Ninguno de estos peligros ofrece el obsequio en el hotel. Las reuniones bailables se hacen a la inglesa; cada cual paga su cuota, y así se crean, en la concurrencia, dos intereses: el de asistir, y el de no criticar a la salida, cortando sayas de variados colores al dueño o dueña de la casa. Porque suele ocurrir que una persona se gasta la moneda, se toma la molestia, se despepita al hacer los honores, no omite requisito... y los mismos que acaban de saborear los *sandwichs* y de paladear el helado y de disfrutar la distracción, no aguardan ni a haber bajado la escalera, para declarar que todo era infecto y que no hay derecho a aburrir así a los amigos...

Tal es la condición humana, y no es de esperar que varíe, puesto que ya han transcurrido muchos años desde que la especie se agita en la superficie del planeta...

No se sabe si los grandes hoteles nuevos podrán sostenerse; son muy vastos, sobre todo uno, el *Palace*, y representan un enorme capital invertido que es preciso amortizar y al cual hay que sacar utilidades; es difícil que en circunstancias normales se llenen, por igual razón: el lujo del establecimiento obliga a encarecer el alojamiento y, en general, no paga esos precios el viajero español.

He ahí por qué yo he sostenido siempre (pareciéndome asaz importante el asunto, para la cultura) que los hospedajes, aquí, necesitando reformas muy capitales, no pueden sin embargo montarse con esplendidez y superfluidad, sino sobre el tipo de una modestia bien avenida con la higiene y con la comodidad que puede necesitar el que deja su casa por algunos días. En el mobiliario, en la comida, en los servicios debe dominar esta tendencia: todo limpio y sencillo, sin gran tono de extranjería. Si me encomendasen que estableciese un Gran Hotel en Madrid, trataría de que no costase arriba de diez, ocho y seis pesetas la pensión, comprendiéndolo todo; y que el hotel cifrase su lujo en ser una tacita de plata, de un aseo monástico. Extras, cuantos pidiese el consumidor; pero lo de diario, comida española sencilla, sin nombres pomposos, que tantas veces son meras engañosas... Cierta día, invitada a almorzar en un Hotel de pretensiones, me presentaron el *menú*, y leí en él *Abatis de dindon...* que en castellano significa «despojos de pavo»... Y cáte que los despojos de pavo eran... un gazapillo guisado a estilo gatuño, a la castellana. ¿No fuera mejor decir la verdad? Pase dar gato por liebre; pero ya conejo por pavo es cosa inaudita. Algo análogo ocurre con el fuagrás que falsifican con hígado de ternera y otras mascaritas semejantes. Tal vez un hotel en que se comiese cocido, sopa de fideos, gazpacho y *soldados de Pavía* fuese el ideal para mucha gente, que creería encontrar los hábitos de su casa en esta llana y sabrosa alimentación.

Quizás este hotel que fantaseo estaría siempre lleno, porque, lo repito, España no es un país en que los millonarios abundan. Verdad que acaso sucediese con esto lo que con el tren, donde nadie viaja en segunda; por pocas pretensiones que tenga un individuo, va en primera. Si corría la voz de que el hotel modesto era modesto..., es fácil que ninguno pudiese en él los pies.

España y yo somos así, señora...

que dijo el personaje de Marquina.

De todos modos, es temible gastar millones en un intento que depende del capricho del público. Aquí hemos visto fenecer un establecimiento muy elegante, especie de restaurant, que se llamaba *Novelty*, al influjo de este retraimiento inexplicable de la gente, que se pone de acuerdo en concurrir o no a un sitio, y no examina las causas. *Novelty* fué calamniado: se susurró que en su recinto habíase veri-

ficado una *batalla de damas*. Aun suponiendo la realidad de tal pelea, no veo por qué el chocolate y los emparedados hubiesen de ser peores. Sin embargo, al poco tiempo, *Novelty*, vacío, hubo de liquidar, y sus magníficas lucernas y sus cómodos y expusitos sillones adornan hoy el salón de un gran balneario. El rival de *Novelty*, el *Ideal Room*, que luchó y venció, y por algún tiempo fué punto de cita de las señoras distinguidas, ahora sufre, sin duda, la competencia de esos *halls* del *Ritz* y del *Palace*, y debe de resentirse de ella. Como no voy a sitios públicos, lo ignoro, pero lo supongo.

También he oído decir que este año los teatros atraviesan una crisis pavorosa. Entre los impuestos y la frialdad del público, los empresarios se dan a los demonios. La sala está vacía. Creyérase, a primera vista, que algunos no se hallan en este caso: por ejemplo, la *Princesa*, que en manos de la Compañía Mendoza-Guerrero ha recorrido, hasta hoy, un camino triunfal. Es cierto que este teatro rompe el hielo y atrae siempre concurrencia; pero lo consigue a costa de transacciones, poniendo en escena lo que lisonjea los gustos frívolos de los espectadores, del abono blanco, rosa o escocés. *El misterio del cuarto amarillo* es lo que en la actualidad hace el gasto... Unos actores ilustres, que parecen vinculados al arte puro, tienen que consagrarse, supongo que de mala gana, a *vaudevilles* recalentados como *Doña Desdemonas*; y a los acertijos policíacos de folletines de moda! En esta forma y con ayuda del modisto, logran Fernando y María que no se les escape un público que bostezaría en *La vida es sueño* y se dormiría en *El alcalde de Zalamea*.

El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo...

etcétera. El momento es de decadencia total en los espectáculos: el *cine*, las *varietés*, las danzarinas, los excéntricos, los monos sabios y los luchadores, grecos o no, vinculan la simpatía y la curiosidad y los éxitos de taquilla y los aplausos. No quiera Dios que nunca hayamos de ver en la *Princesa* a Tórtola Valencia poniendo el pie delante a María.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

VALENCIA

LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN CARLOS

(Véase la lámina de la página 93.)

En el antiguo convento del Carmen de la ciudad de Valencia, hállase instalada la Academia de Bellas Artes de San Carlos.

Esta Academia lleva más de siglo y medio de existencia, pues fué fundada en 1753 y tiene una historia brillantísima, no siendo exagerado afirmar que gracias a las excelentes enseñanzas que se dan en ella, ha podido continuarse la gloriosa tradición que en el arte español ostenta la llamada escuela valenciana.

Basta para demostrar esto citar algunos nombres de artistas contemporáneos, sin necesidad de remontarnos a tiempos más antiguos: Joaquín Sorolla, José Garnelo, Francisco Domingo, Ignacio Pinazo, Bernardo Ferrándiz, Joaquín Agrassot, Enrique Simonet y Mariano y José Benlliure, y tantos otros que han alcanzado puesto preeminente en la pintura y escultura españolas de nuestros días, en la Academia de Valencia se educaron.

¿Qué mejor elogio puede hecerse de esa entidad docente?

En la actualidad hállase al frente de la Academia, como director, D. Gonzalo Salvá y constituyen el claustro de profesores de la misma D. José Aixa, D. Isidoro Garnelo, D. Julio Cebrián, D. Pablo Ferrer, D. Ricardo Clemente, D. José Burguera, Don José Renau, D. Luis Soria, D. Eugenio Carbonell, D. Genaro Palau y los señores Paredes y Rubio.

Los alumnos que en el presente curso asisten a la Academia, pasan de trescientos.

Recientemente se ha celebrado en ella una exposición escolar de los trabajos de los alumnos en los cuales se advierten los notables resultados obtenidos por los estudiantes bajo la excelente dirección de sus distinguidos maestros.

En el mismo edificio que la Academia hállase instalado el Museo de Pinturas. Contiene éste más de 1.500 cuadros antiguos, procedentes en su mayor parte de conventos secularizados, que permiten formarse una idea completa de la célebre escuela valenciana, de esa escuela que ostenta en sus anales nombres tan famosos en la historia general del arte como los de Fernando de Almedina, Vicente Juanes Macip, Francisco Ribalta, Jaime Jerónimo de Espinosa, Pedro Orrente y J. Ribera, el *Españoleto*. — T.

OTELO, POR B. MORALES SAN MARTÍN, dibujo de Carreres



Salta al barquet..., empuña la pértiga y se lanza como furia diabólica por el canal en seguimiento de la barca de Francisqueta

I

El lago brilla como cristal inmenso en aquella hora de sol matinal, sin que una onda rice la externa superficie de las aguas, ni las más leve brisa agite las hirsutas cabelleras de verde chamiza que coronan y visten los islotes, que de trecho en trecho rompen la brillantez uniforme del inmóvil espejo. La vida parece suspensa, adormecida... Las fálicas y los ánades huyen de los ardores del sol y se esconden bajo las matas de chamiza, en los espesos arrozales que circuyen la Albufera y entre los erizos de juncos y espadañas... Sólo se ve en movimiento, allá a lo lejos, una vela blanca que avanza por los canales que abocan al lago, como un gran cisne de andar reposado y majestuoso. La barca que empuja la blanca vela no se ve: ocúltanla los verdes arrozales y las altas márgenes del canal por donde discurre.

Más allá, en el indeciso confin donde tierra y cielo se unen en eterno beso y tras la línea de verdor infinito de los arrozales que rodea a la gran laguna dormida, los caseríos de inúmeros pueblecillos fronteros a la región lacustre recortan la nitidez de sus blancos campanarios y sus centelleantes cúpulas azules o doradas sobre el azul blanquecino de los cielos. Aquellos pueblos son los guardas amorosos del lago: le ciñen y le vigilan; le prodigan sus cuidados y le explotan; la caza, la pesca, el arroz son sus saneadas rentas. Avaros de los amores de la pródiga laguna, se han repartido sus fronteras y laboran en ellas con patriarcal rusticidad y sencillez. La Albufera de Valencia no guarda en sus senos leyendas ni consejas fabulosas; nadie ha visto, ni en sueños, las hadas de este lago ni los gnomos de sus campos cenagosos. Su única poesía es la de la vida real; su única historia la de las pasiones que agitan a la humanidad. Vamos a describir una de estas formidables pasiones...

II

Por uno de los rectos y largos canales que desde los pueblos limítrofes, entre arrozales verdes y loza-

nos, desembocan en la dormida Albufera, avanza una barca negra, estrecha y aplanada, especie de canoa denominada *barquet*. La tripula una joven, casi una niña, pero animosa y fuerte; con una larga pértiga que hunde diestramente en el agua, impulsa el *barquet* hacia los viveros de anguilas, con presteza de ondina. Es la ondina del lago y es morena; es alegre como la Primavera y hermosa como la Juventud. A sus esfuerzos para hundir la pértiga en el cieno, acude la roja sangre a sus mejillas y diríais que una estatua gentilísima y animada de barro cocido impulsa la ruin barca.

Se cruza el suyo con otros *barquets*. La joven sonríe a sus tripulantes y contesta a su saludo:

- Buen día, Rochet...

- Adiós, Rull...

- ¿Dónde vas, Salao?

Y ellos, a su vez, la interrogaban sin detener su marcha veloz sobre las aguas:

- ¿Adónde caminas con este sol, Francisqueta?

- ¿No temes ponerte más negra?

- ¡Adiós, morenaza!

- ¡Quién fuera el sol que quema tu cara!

Y ávidamente miran a la esforzada virgen de barro cocido que se aleja hacia las barracas de los viveros.

Y la virgen de tostada piel y seno naciente y agitado sigue hundiendo su pértiga en el agua y acelerando la carrera de su barquilla, que se desliza sobre las aguas cenagosas casi sin rozarlas... Resguarda su cara de los ardores del sol con rojo pañuelo de seda que ondea sobre su cabeza como una llama..., y mira a la lejanía con avidez...

Llega a los viveros, barracas de madera embreada hundidas en el agua; abre la mohosa puerta y lanza dentro su barca, no dando paz a la mano hasta que saca del vivero y pone en la bolsa de red la arroba de anguilas encargada por su madre y medida a ojo de buen cubero.

Al retorno su *barquet* se cruza con otro, atravesado de punta a punta en el canal y tripulado por un hombre maduro, bajo y regordete, que transporta de una margen a otra útiles de pesca. Es Matelmet el

Rey, cuñado de Francisqueta, la morena ondina del lago. Al reparar en ella y oírle:

- ¿Me dejas paso?

Responde fingiendo enojo:

- ¡Ah! ¿Eres tú? ¡Pues no, no hay paso!

Y ríe como un bendito.

- ¿Que no? Te echo a pique...

Y lanza una carcajada su garganta que suena a gorjeo de pájaro, a catarata de notas de cristal, a alegría de virgen adolescente.

- Pero, Francisqueta..., ¿adónde caminas con este sol?

- Vengo de mis viveros...

Y la joven y su cuñado traban su charla; y de los viveros y del sol, del *barquet* y de las anguilas, la llevan lejos, muy lejos: a aquellas lejanías que Francisqueta avizoraba entornando los párpados y palpitante el seno momentos antes.

- Y... ¿muchos días que no lo has visto?, pregunta con sorna Matelmet, su cuñado.

Ella, roja como una guinda y haciéndose la desentendida, pregunta con un suspiro:

- ¿A quién?

- ¿A quién ha de ser? ¡A Blayet..., a tu novio!

- ¡Ah! ¡Por qué no te explicabas!

- ¿Quieres que te regalen el oído? Pues mira..., anoche mismo tu hermana y yo hablábamos de esto. Tu gusto es el nuestro; pero un consejo se oye y luego... Y francamente ese chico forastero, tan hurraño, tan serio..., no nos gusta..., ¡ya está dicho!

- ¡Ay, ay!.. Me gusta a mí..., tal vez por eso mismo. ¿No decís que soy la alegría andando, que río de todo, que canto siempre, venga o no a cuento? ¡Pues ese chico me conviene! Serio y formal; así, como Blayet. ¡Qué sabes tú! Buena lá haríamos casándonos con otro como yo; ¡cantando y riendo los dos a la vez! Por eso preferí a Blayet; por eso me gusta... y me casaré con él porque es un real mozo... Por algo le llaman el Bonico...

- Bueno, bueno, allá tú, le ataja su cuñado. Pero es que además de hurraño y hosco, es de allá abajo, y los de allá, de Castellar, ya sabes cómo son: fieras

para todo, para el trabajo, para querer... y para odiar también. Ve con cuidado... Ya no viene por la caza, como antes; no te deja ni a sol ni a sombra cuando está aquí; le duele que rías..., que hables con los mozos... Yo creo que tiene celos hasta de tu madre. ¡No parece de esta tierra!

— Déjate de quimeras... Él es bueno y me quiere.

— Tal vez demasiado... El hombre no ha de querer con tan reconcentrada locura a la mujer...

— ¡Hombre! ¿Qué me cuentas?

— Algún día me entenderás. ¡Adiós, Francisqueta!

— Oye, Matelmet..., ¿te vas enfadado conmigo?

— ¡No! ¿Contigo quién se enfada, gitana?

Y desatracando su *barquet* de la orilla, lo empareja con el de Francisqueta, tiende los brazos hercúleos, aprisiona en ellos y atrae hacia él a la niña y con pasión paternal la besa repetidas veces en la frente, en las mejillas...

Francisqueta da un chillido agudísimo que hace estremecer las espesas chamizas de las márgenes, záfase de las hervudas manazas que la aprisionan y hundiendo la pértiga en el agua, huye de allí dando al viento su risa cristalina:

— ¡Ladrón..., mal hombre! A traición ha sido... ¡Lo sabrá tu mujer, lo sabrá!

Y pronto se pierde su voz en una revuelta del canal.

Matelmet se limpia con el revés de la diestra callosa una lágrima viendo alejarse a la niña, salta a tierra y cargando con sus trebejos de pesca se interna en los arrozales.

Queda solo aquel lugar... El eco armonioso de la voz de la morena ondina y el rumor de los besos de Matelmet rizan todavía las turbias aguas del canal y agitan las chamizas de la orilla...

Entre éstas parece rastrear una aliñá con sordo ruido... De súbito las matas se abren; unas manos como garras contraídas las separan y tras ellas aparece un rostro pálido con las tintas de la ira... Un hombre, un mozo arrogante y ceñudo se levanta: sus ojos fulguran destellos siniestros; su diestra se clava en su pecho desesperada; con la siniestra agarra los cañones de una escopeta, cuya culata arrastra entre las chamizas...

Sus labios temblorosos pueden por fin articular la maldición que le sube del corazón como oleada de odio:

— ¡Ah! ¡Mala hembra..., me la has de pagar, mala mujer!

Y tornando hacia donde desapareció Matelmet ruge con rugido de león:

— ¡Y tú, también, ruin, ladrón!

Y como si se hubieran agotado todas sus fuerzas cae al suelo revolcándose sobre los yerbajos como un reptil, regando la tierra cenagosa con las lágrimas de su ira y estremeciéndola con los espasmos de sus celos terribles.

Es Otelo... en la persona arrogante y hosca de Blayet el Bonico, el novio de Francisqueta, que ha oído la charla de los dos cuñados y sentido, como latigazos en el rostro los besos que Matelmet dejó en el rostro de la virgen de barro cocido que él, su enamorado, ¡no había besado aún!

Dando un rugido, se levanta súbito; salta al *barquet*, atracado aún a la orilla; tira la escopeta sobre las frágiles tablas, empuña la pértiga y se lanza como furia diabólica por el canal en seguimiento de la barca de Francisqueta...

III

Va el infeliz Otelo pensando en el trágico derrumbamiento de sus ilusiones, en la muerte de sus amores: «¡Oh! ¿Por qué ha besado Matelmet a Francisqueta? ¿Qué me importa a mí que ocupe el lugar de padre en casa de «ella» desde la muerte del padre de Francisqueta; que sea casi un viejo; que sea su cuñado y su padrino? ¡La ha besado... y basta! ¡Menos no se necesita para morir de rabia y de celos! ¡Oh! ¡La mala hembra sabrá quién soy yo!», y avanza, avanza rápido y la alcanza antes de que llegue la pobre niña al poblado del Saler, término de su via-

je. La ve, la llama con roncros rugidos; ella le oye y se detiene ansiosa, esperanzada. Los dos *barquets* se emparejan, salta Blayet al de Francisca y aparentando glacial tranquilidad, empuja la embarcación a la orilla y se guarecen bajo las altas chamizas de los ardores solares...

La vida parece suspensa. La vecina laguna, dor-

nos del mozo clavándose como tenazas en su garganta, y, ¡Je... sús!, repite aún en su horrible agonía.

— ¡Así..., muere! ¡De nadie... ni mía!

Y tanto aprieta el bárbaro Otelo la juvenil garganta que rompe de una vez todo el tesoro de juventud y de alegría que anidaba en ella... Francisqueta no resiste: ni intenta su defensa, ni clama auxilio, como la inocente Desdémona en caso igual. Falta el aire en su pecho agitado y estertoroso; la luz en sus ojos vidriosos ya..., y cae al fondo de la barca palpitante, en los últimos espasmos de su trágico morir.

Blayet la mira a sus pies un instante y sin besar aquella frente pura ni dar el último adiós a aquel cuerpo adorado muerto por él, salta a su *barquet*, y no satisfecho aún su odio feroz, grita:

— ¡Ahora..., él, el ladrón!...

Y se aleja agitando convulsivamente la pértiga como infernal tridente, impulsando su barca que semeja el carro de la muerte resbalando sobre las turbias aguas.

Dos horas más tarde unos pescadores de anguilas encuentran mal herido y desangrándose, a Matelmet, en un arrozal y a pocos pasos de él descubren una escopeta con los dos cañones descargados.

IV

Muchos años después visitaba un ilustre poeta, gobernador civil, a la sazón, de Valencia, el penal de San Miguel de los Reyes. El final de esta historia lo conocemos por aquel poeta genial (1).

Hombre a quien no era indiferente todo lo humano, quiso conocer algunos «casos» célebres de aquel presidio.

Al referirle el comandante la historia de «Blayet el Bonico» le señaló a un hombre enjuto y seco, cuyos cabellos comenzaban a encanecer, que acurrucado como un musulmán gesticulaba y suspiraba en su incurable locura de amor.

«— ¡De nadie... ni mía! ¡Mala hembra..., un beso te mató! ¡No fui yo..., no!»

Acercóse el poeta al presidiario y le interrogó hábilmente. Llevó el interrogatorio a su crimen: el homicida ni se intimidó ni negó ni mostró arrepentimiento:

— ¡Cien gargantas que tuviera, la mala hembra, ahogaría como ahogué aquella!

— ¡Pero desdichado!, exclamó el poeta. ¿Cómo pensaste que el beso de aquel hombre, que podía ser padre de Francisqueta, no podía deshonrarla, y mucho más cuando fué por sorpresa y a traición? ¡Matelmet la besó como pudo besarla su padre si hubiera vivido! ¡Nació pobre mártir cuando era ya casado Matelmet con su hermana! ¡Creció junto con las hijas de él! ¿Cómo no lo pensaste? ¿Cómo se pudo obscurecer tu razón viendo deshonra donde no hubo otra cosa que cariño purísimo, honesto, paternal?

Y tanto y tan elocuentemente increpó el filósofo-poeta al desdichado homicida, defendiendo la santa memoria de aquella mártir de los celos del bárbaro Otelo, que despertando éste de la horrorosa ceguera en que vivió tantos años; olvidando su crimen, todas las penalidades del presidio, la deshonra que el proceso echó sobre él y sus ancianos padres, no tuvo fuerza más que para exclamar, con un rugido en el que se salió del alma toda su dormida pasión de ultratumba y su ansia voraz de creer en la pureza de aquella mujer adorada:

— ¿Pero usted cree que Francisqueta era honrada?

¡Y gracias a un poeta, las penalidades del presidio fueron, desde aquel día memorable, gloria y venturas para el cruel Otelo, asesino de la virgen del lago!

(1) Don Ramón de Campoamor.



Canto flamenco, cuadro de Carlos Vázquez

mida. Los ánades se esconden bajo los juncos y las espadañas. Una vela blanca como un cisne se aleja majestuosa por lejano canal... Sólo se oye el rumor del apasionado diálogo de los dos enamorados. Blayet, al fin, pide un beso a la moza... Francisqueta encendida en rubor se lo niega, desasosegada, intranquila:

— ¡La pobre muchacha del Saler no se dejará besar más que por su marido!, dice ignorando que en aquel momento las alas de la muerte la cobijan con su fatídica sombra.

Blayet entonces se abalanza sobre ella y echándole las manos al cuello, le arroja a la cara la palabra maldita:

— ¡Ah, mala hembra! ¡A mí no..., a tu enamorado no; a Matelmet, a ese ladrón, sí? Acabo de verlo, de oírlo.

— ¿Qué, qué dices?, gime asustadica la pobre paloma.

El fiero milano clava más sus garras en el cuello de su víctima y grita:

— ¡Si él! ¡Y decías que no te besaré más que tu marido!, y ríe con mueca infernal y sigue ahogándola.

— Fué... a la fuerza..., yo no quise..., fué sorpresa..., fué traición... Es mi hermano...

— ¿Y qué? ¡Vas a morir! ¡Reza!

— ¿Yo?, gime otra vez agitándose con pueril espasmo.

— ¡Tú! ¡Mala hembra!

— ¡Soy... honrada!, y su voz es ya un gorgoteo de muerte. ¡Lo fui... siempre!

— ¡No; te besó un hombre..., él! ¡Ese ladrón! ¡Muere! ¡Ni mía... ni de él!

— ¡Je... sús!, pudo articular aún al sentir las ma-



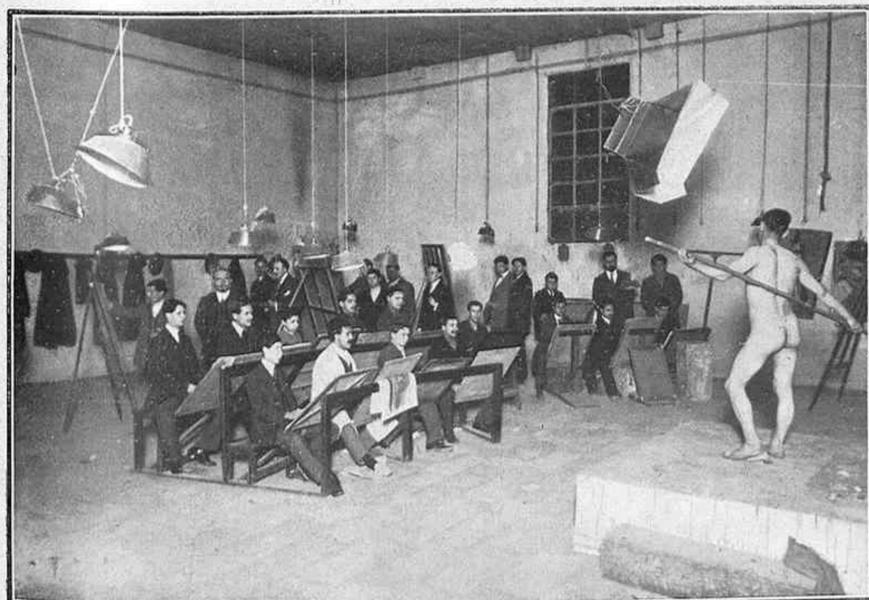
Clase de dibujo del antiguo



Clase de modelado del natural



D. Gonzalo Salvá (×), director de estudios, y los profesores de la Academia Sres. Aixa, Garnelo (Isidro), Cebrián, Ferrer, Clemente, Burguera, Renau, Soria, Carbonell y Palau



Clase de dibujo del natural



Clase de colorido y composición

ACTUALIDADES EXTRANJERAS. - LA CUESTIÓN DE ORIENTE. - LOS ITALIANOS EN LA TRIPOLITANIA

En nuestra última crónica dimos la noticia del golpe de Estado que se había realizado en Constantinopla, pero no pudimos dar pormenores acerca de cómo ocurrió el hecho, porque todavía no eran conocidos. La importancia del suceso nos hace estimar interesante ampliar hoy lo que entonces dijimos, dando la versión completa que al fin ha ido haciéndose pública.

Hace días que se susurraba en Constantinopla que los Jóvenes Turcos se proponían derribar al gobierno, no obstante lo cual éste no adoptó medidas especiales seguramente por orden de Nazim Bajá que se oponía a que se molestara a nadie por simples sospechas. Y los Jóvenes Turcos afirman que habían tenido que hacer grandes esfuerzos para evitar una explosión del fanatismo musulmán y prometer a la corporación de los hodjas que no consentirían en modo alguno en la cesión de Andrinópolis, único modo de aplacar el odio producido por la actitud de las potencias con motivo de la guerra balkánica.

El miércoles, 22 de enero, por la noche, al ser conocida la decisión de la asamblea de notables aceptando la nota de las potencias, numerosos hodjas fueron a pedir explicaciones a los jefes de los Jóvenes Turcos y entonces el Comité de éstos se resolvió a obrar.

El jueves, a las primeras horas de la tarde, una multitud numerosa fué reuniéndose delante de la Sublime Puerta, en donde se hallaban los ministros redactando la nota contestación a la de las potencias; de pronto apareció un grupo de 300 personas capitaneado por los *leaders* Jóvenes Turcos, y sin que le opusieran el menor obstáculo las tropas de policía encargadas de la guardia del edificio, penetró en el palacio a los gritos de «¡Muera Kiamil! ¡Queremos conservar Andrinópolis! ¡Queremos la guerra!» Mientras el grueso de los conjurados se entregaba a ruidosas manifestaciones a la entrada del palacio, Enver-bey, Talaat-bey, Omar-Nadji, Mumtaz, el co-



Enver-bey, director del golpe de Estado realizado en Constantinopla por los Jóvenes Turcos. (De fotografía de Carlos Trampus.)

rra Nazim-bajá salió de la sala en donde se celebraba el consejo de ministros e increpó duramente a los asaltantes, quienes haciendo fuego sobre él le deja-

perar Turquía de las potencias, que claramente han manifestado su decidido propósito de no intervenir en el conflicto, de otra ha de reconocer lo peligroso de su situación, más peligrosa ahora que nunca, ya que la muerte de Nazim bajá ha determinado hondas divisiones en el ejército y producido sangrientos choques entre las tropas turcas de Tchatalcha.

Los italianos van afirmando su dominación en la Tripolitania, efectuando frecuentemente actos oficiales que impresionan favorablemente a la población indígena y la predisponen cada vez más a aceptar los hechos consumados y a ponerse al lado de los conquistadores.

Uno de estos actos ha sido la distribución de premios a los alumnos de la escuela de los *Zepties* (gendarmería local) y la prestación de juramento de los nuevos *zepties*. La ceremonia revistió gran solemnidad y como detalle importante de la misma merece señalarse la



Toma de posesión definitiva de la Tripolitania por Italia. - Distribución de premios a los alumnos de la Escuela de los *Zepties* (gendarmería local). La tribuna de las autoridades: en el centro, el general Ragni, gobernador general de la Tripolitania; a su derecha, Hassuna-bajá, alcalde de Trípoli; a su izquierda, Chemsedine-bajá, representante del Sultán.

ronel Amzi y varios oficiales invadieron el vestíbulo. Al ver entrar a los Jóvenes Turcos, el capitán Nazif disparó su revólver sobre Enver-bey sin tocarlo, pero matando, en cambio, a uno de los acompañantes de éste; momentos después caía muerto por Mumtaz y sus compañeros. Otro oficial, Teofik Kuprili, también disparó, sin resultado, contra Enver-bey. Al ruido de los disparos, el ministro de la Gue-

ron muerto, lo mismo que a Teofik Kuprili y al detective Djelal que acudió a socorrer al ministro.

Enver-bey y Talaat-bey penetraron revólver en mano en el despacho del gran visir Kiamil-bajá y le exigieron la dimisión, que Enver-bey llevó personalmente al Sultán. Poco después, el propio Enver-bey anunció al pueblo



El Cadi, jefe supremo del clero musulmán, exhortando a los *zepties* a que sean fieles a los italianos. (Fots. de Trampus.)

alocución que a los nuevos *zepties* dirigió el cadi, jefe del clero musulmán local, exhortándolos a que fuesen fieles a los nuevos señores de la Tripolitania. -R.

ACTUALIDADES EXTRANJERAS. — EN EL VATICANO. — EL NUEVO MINISTERIO FRANCÉS

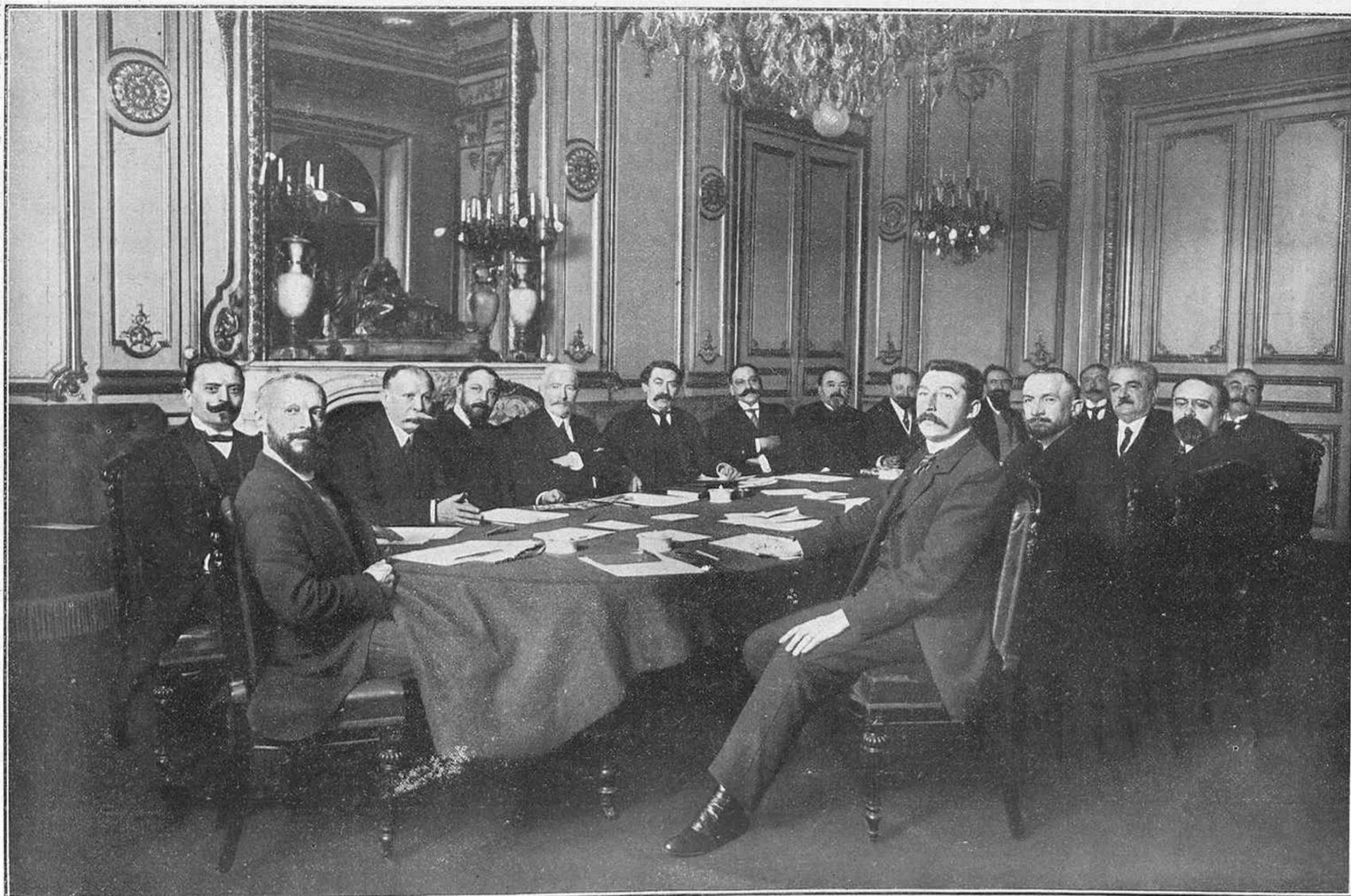
(Fotografías de Carlos Trampus y Harlingue.)



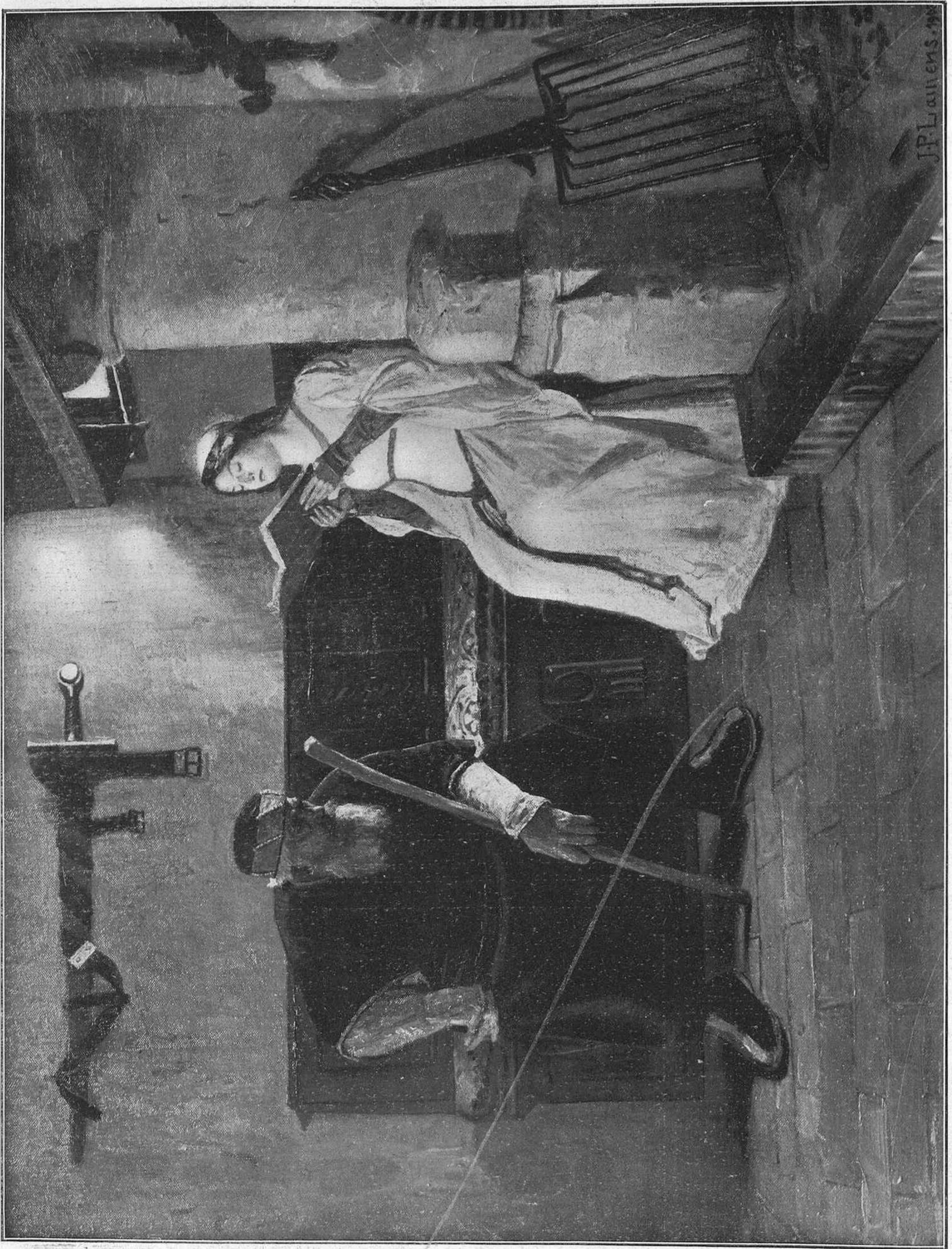
Roma. — Solemnes funerales celebrados en la Capilla Sixtina del Vaticano por el alma del príncipe regente Leopoldo de Baviera Su Santidad Pío X en su trono durante la celebración de los funerales

El día 14 del mes pasado celebráronse en la Capilla Sixtina del Vaticano solemnes funerales en sufragio del alma del que fué regente de Baviera, príncipe Leopoldo. Al religioso acto asistieron el Sumo Pontífice, el Cuerpo Diplomático acreditado cerca de la Santa Sede, elevados dignatarios eclesiásticos y muchos invitados. Después del oficio, en el que cantó la capilla bajo la dirección del maestro Perosi, monseñor Galli pronunció una elocuente oración fúnebre ensalzando las virtudes del príncipe y el Papa dió la bendición apostólica a los asistentes.

Cada día revélanse con mayor fuerza las simpatías con que en Francia y fuera de ella ha sido acogido el ministerio Briand. Este presentóse ante la Cámara de los Diputados el día 24 de enero último y el presidente dió lectura a la declaración ministerial, que fué acogida con grandes muestras de aprobación y al final con muchos aplausos del centro y de varios bancos de la izquierda. A pesar de la violenta oposición de las extremas izquierdas, la Cámara aprobó por 324 votos contra 77 una proposición de confianza al gobierno.



La primera reunión del nuevo ministerio francés. — De izquierda a derecha: Morel (P.) (Subsecretario del Interior); David (Agricultura); Morel (J.) (Colonias); Steeg (Instrucción Pública); Jonnart (Negocios Extranjeros); Briand (Presidente y ministro del Interior); Klotz (Hacienda); Dupuy (Obras Públicas); Bourely (Subsecretario de Hacienda); Chaumet (Subsecretario de Correos y Telégrafos); Berard (Subsecretario de Bellas Artes); Guist'hau (Comercio); Etienne (Guerra); Barthou (Justicia); Baudin (Marina); y Besnard (Trabajo).



LA CRÓNICA, cuadro de Juan Pablo Laurens. (De fotografía de Vizzavon. Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística, de París.)



LA MUERTE DE WERTHER, cuadro de F. C. Baude. (París. Salón de los Artistas Franceses. Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

BARCELONA. - LA SOCIEDAD CORAL DE BILBAO

El Ayuntamiento de Barcelona, correspondiendo a la visita

EL CARNAVAL DE NIZA

Como todos los años, las fiestas carnalescas de la hermosa



Barcelona. - La Sociedad Coral de Bilbao en los jardines del Palacio de Bellas Artes

a nuestra ciudad realizada por la Sociedad Coral y las representaciones del Ayuntamiento y de la prensa de Bilbao, invitó a orfeonistas y representantes a visitar el Museo Arqueológico. Recibieron a los expedicionarios el alcalde Sr. Sostres, varios concejales, una comisión de la Junta de Museos, el director del Museo Arqueológico D. Carlos de Bofarull y otras distinguidas personalidades, habiendo también sido invitados y asistido al acto el capitán general, el secretario del Gobierno civil en representación del gobernador, el presidente de la Audiencia y el delegado de Hacienda.

Los bilbaínos y demás invitados recorrieron las salas del Museo, admirando las obras artísticas y arqueológicas que en él se conservan y luego fueron obsequiados con un espléndido lunch.

La Sociedad Coral de Bilbao despidióse del público barcelonés dando el domingo, 26 del pasado mes, en el Palacio de Bellas Artes un concierto popular a favor de la beneficencia municipal de Barcelona. El numeroso y distinguido público que concurrió a la fiesta tributó continuas y calurosas ovaciones a los orfeonistas, quienes, además de varios actos populares de su región, ejecutaron otros catalanes.

Terminada la primera parte del programa, el alcalde señor Sostres, acompañado de una comisión de concejales impuso a la bandera de la Sociedad Coral una riquísima corbata con lazos de los colores nacionales y regionales y una medalla de plata, y pronunció sentidas frases expresando el agradecimiento de nuestra capital por la visita de los bilbaínos y juntamente su admiración por la obra admirable que aquella Sociedad realiza.

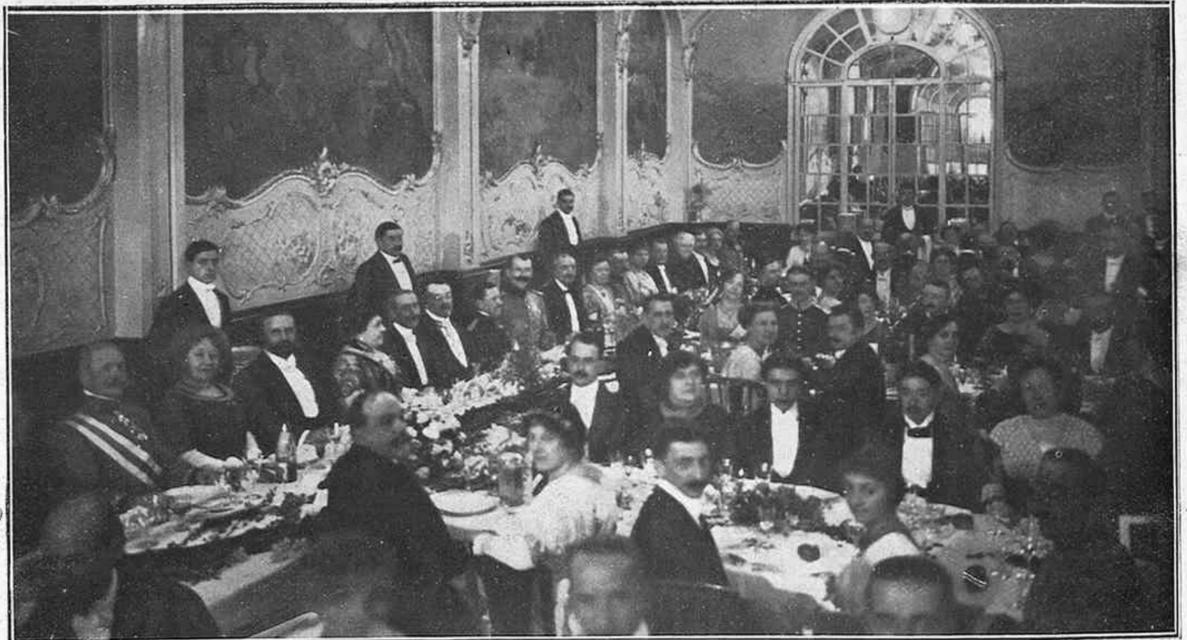
Al día siguiente la Sociedad Coral emprendió su viaje de regreso a Bilbao siendo despedida en la estación por el Sr. Sostres con una comisión del Ayuntamiento, por representaciones del *Orfeo Catalá*, de la orquesta del Liceo y de otras entidades y por numeroso público. Los expedicionarios vitorearon con entusiasmo a Cataluña, a Barcelona y al Ayuntamiento y los que habían acudido a despedirlos contestaron a estos vítores con otros no menos entusiastas a Bilbao y a la Sociedad Coral.

ciudad de la Costa Azul han revestido gran brillantez y han dado ocasión a que los artistas encargados de la construcción



El alcalde Sr. Sostres imponiendo una corbata y una medalla al estandarte de la Sociedad Coral de Bilbao. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

nantes ocurridos durante el próximo pasado año. S. M. Carnaval XLI hizo su entrada triunfal el día 23 de enero último; su carro, así como el de su esposa, era una crítica de las ridiculeces de la moda actual. En el cortejo figuraban diez y seis carros, diez cabalgatas, más de cien grupos a pie y un número incalculable de máscaras sueltas.



Barcelona. - Banquete celebrado en la Maison Dorée por la colonia alemana para festejar el cumpleaños del emperador Guillermo II. (Fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

de los carros y los aficionados a organizar comparsas demuestran una vez más su ingenio en satirizar los sucesos más culmi-

El domingo siguiente efectuóse el desfile general, con sus correspondientes batallas de flores y de *confetti*. Resultó, como siempre, una fiesta pintoresca y animada y sobre todo distinguida, pues los organizadores del Carnaval de Niza han puesto siempre gran empeño en evitar todo lo chocarrero y atentatorio al buen gusto.

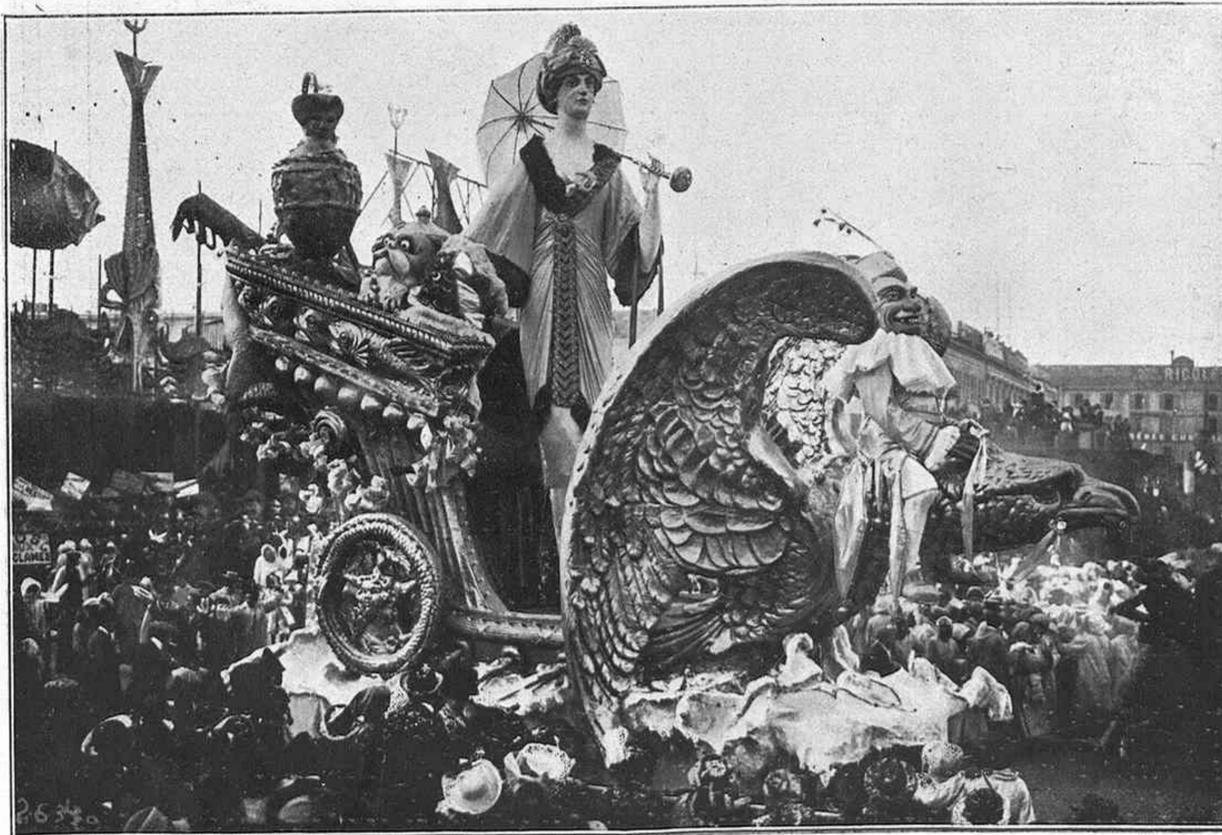
BARCELONA. - BANQUETE

DE LA COLONIA ALEMANA

Para festejar el 54.º cumpleaños del emperador Guillermo, la colonia alemana de esta capital celebró, el día 27 del pasado enero, un banquete en la Maison Dorée. Presidió la fiesta el general Weyler, en representación de S. M. el Rey D. Alfonso XIII; y ocuparon sitios en la mesa presidencial el presidente del club *Germania*; el cónsul general de Alemania; el concejal Sr. Carreras y el Sr. Díe y Mas, representando respectivamente al alcalde y al gobernador civil; el general Brandéis; el marqués de Castellflorida, coronel del regimiento de dragones de Numancia, del que es coronel honorario el emperador, y otras distinguidas personalidades.

Al final del banquete pronunciaron elocuentes brindis el presidente del club *Germania* Sr. Herberg, el cónsul general de Alemania, Sr. Plehn, y el general Weyler.

Como expresión de los sentimientos de los reunidos se envió un telegrama al emperador de Alemania participándole que, con asistencia del general Weyler, en representación de Su Majestad D. Alfonso XIII, y de otras autoridades y con la de la oficialidad del regimiento de Numancia, la colonia alemana de esta ciudad celebraba la fiesta de su cumpleaños, felicitándole con tal motivo. La lectura de este telegrama fué acogida con grandes vítores.



El Carnaval de Niza. - Carro de S. M. la Reina Carnaval XLI. (De fotografía de M. Rol.)

La Sal Natural de Sprudel
de
es la única legítima Sal de Carlsbad

LOS TERRORES DEL RADIO

NOVELA ORIGINAL DE ALBERTO DÓRRINGTON. - ILUSTRACIONES DE A. C. MICHAEL. (CONTINUACIÓN.)

Él jamás podría explicar satisfactoriamente para Cólman la visita de Pepio a su propia casa y el cheque de doscientas guineas.

Vistiéndose con más corrección que de ordinario almorzó apresuradamente y salió para la estación.

Llegado a la ciudad se encaminó a la oficina de su jefe con secretos presentimientos. Tóny Háckett no estaba en la ciudad, y había abandonado el caso Mórítz desde el momento en que se enteró de la acción de Pepio en favor de su camarada.

Al entrar en la oficina, Cólman, con inusitada afabilidad le tendió la mano calurosamente.

- Me alegro de veras, Sr. Rénwick, de verle otra vez por aquí. Cuando Sir Garston nos mandó el informe de su diagnóstico juzgamos desesperado el caso de usted, realmente. Hizo usted muy bien en dejarse operar por la señora Messonier aunque, *inter nos*, Sir Garston me dijo que daba usted sus guineas a una eminentísima charlatana. Sin embargo, todo pasó, y aquí nos alegramos de verle dispuesto nuevamente a la lucha.

Gifford inclinó la cabeza agradeciendo las felicitaciones de su jefe, pero se acordó de las doscientas guineas de Pepio.

- He venido, comenzó tras una pausa, a presentar mi dimisión, porque no puede usted simpatizar con un agente joven que recibe un préstamo en metálico de las personas a quienes debe prender.

Antonio Cólman se irguió eléctricamente en su silla.

- ¿Qué quiere usted decir, Rénwick? ¿Habla usted de sí mismo?

Gifford asintió con un movimiento de cabeza mientras los colores le subían a la cara. Su jefe le examinó de cerca, con repentina hostilidad reflejada en los aceros ojos.

- Si se refiere usted al caso del Dr. Tsarka, desde luego le digo que aceptando dinero de cualquiera de esos aventureros japoneses ha violado usted las leyes de la Oficina Internacional. ¡El cohecho y el soborno en usted, Rénwick, es inconcebible, afrentoso!

Antonio Cólman se levantó lívido hasta los labios, temblando su alta figura, en su primer arrebato de ira, como caña agitada por el vendaval.

Gifford permaneció sentado en su silla, con los puños apretados sobre las rodillas, y contestando, con el fuego de su mirada a la ira de su jefe; y su respuesta respiraba el firme propósito de la juventud.

- Negocio de doscientas guineas, señor. La señorita a quien designé para ser arrestada como complicada en el caso Mórítz me las dió.

- ¿Pero y el dinero? ¿Qué ha hecho usted con él? En nombre del cielo, Rénwick, ¿no ve usted que se ha comprometido con una cuadrilla de estafadores, que los ha ayudado usted y excitado a evadir y conculcar los fines de la justicia? ¿Qué ha sido del dinero?

- Pagué con él a la señora Messonier.

Y tomando aliento continuó:

- Hágase usted cargo de mi situación; iba a perder la vista de ambos ojos. Llámelo usted cobardía si quiere, Sr. Cólman; pero al fin sacrifiqué mi honor profesional para salvarme.

- No recurrió usted a mí.

- No tenía sino doce horas para decidirme. ¿Hubiese usted, Sr. Cólman, adelantado el dinero en tan perentorio plazo mediando el informe de Sir Garston? La señora Messonier era, según mi estimación, la única persona que en Inglaterra podía curarme.

Levantóse y se dirigió lentamente hacia la puerta,

conociendo que se había cerrado para siempre aquella carrera de tan altos incentivos para él. Ciertamente le quedaban muchísimas ocupaciones entre las cuales elegir; pero no podía olvidarse de que se apartaba deshonrado de la policía privada.

Los aceros ojos de su jefe le siguieron hasta la puerta; los labios apretados se aflojaron repentinamente y Antonio Cólman gesticuló casi con fiereza:

- No sea usted necio, Rénwick. No empleamos nuestros hombres para que vayan a arriesgarlo todo por nosotros. Si la gente de Tsarka quiere pagar el importe de un daño causado por ellos no es negocio nuestro. Tenemos en este país a docenas los malhe-

- Hemos de olvidar eso de su dimisión, Rénwick, dijo ansiosamente. Ha ocurrido una cosa extraña en una pequeña Exposición Pictórica del West End, que puede proporcionar a usted la ocasión soñada, el triunfo de su carrera.

Entró un criado con dos periódicos de la tarde, que entregó al jefe de cabellera gris sentado junto al teléfono.

Una mirada rápida a la llamativa cabecera de la primera página obscureció más la mueca de sus finos labios.

- ¡Lea!

Pasó el periódico sobre el pupitre a Gifford y éste leyó rápidamente la sensacional noticia descrita bajo gruesos títulos:

INFAMIA EN UN ESTUDIO JAPONÉS

Seis magnates londinenses terriblemente atropellados

«Mientras visitaban esta mañana una pequeña exhibición pictórica de cuadros del artista japonés Soto Inouyiti, varias damas y caballeros han recibido misteriosas lesiones corporales.

»Entre las personas así atropelladas se encuentran la duquesa de Márister; el príncipe Hohenhoff; Mr. Hardinge K. Hardinge, millonario americano; y el barón Zillerstein. Sabido es que Su Excelencia la duquesa de Márister es muy versada en el arte pictórico japonés, y que en varias ocasiones ha invitado a sus amigos de la alta sociedad a que la acompañasen al estudio de Soto Inouyiti, artista joven y talentoso que celebra frecuentes exposiciones de sus obras.

»Después de la visita al salón principal, los distinguidos mecenas fueron conducidos al salón rojo donde Inouyiti exhibe un cuadro microscópico, en oro, titulado *La pagoda encantada*. Vieron primero el cuadro, como los demás, y luego, invitados por el artista, a través de un estereoscopio, colocado a cierta distancia de la pintura.

»La duquesa de Márister ha declarado que, mientras miraba por el

curioso estereoscopio, de una pantalla pendiente encima cayó una esponja humedecida con alguna substancia eléctrica o radioactiva, la cual dándole en los ojos le causó al poco terribles dolores. Créese que la augusta dama perderá completamente la vista.

»El caso del millonario americano Mr. Hardinge K. Hardinge, aunque menos trágico, reviste la misma gravedad; pues estando sentado en una silla baja le cayó sobre el rostro y cabeza una lluvia de cierta solución preparada químicamente, habiendo quedado el pelo y el bigote del genial americano con un color inalterable de intensa púrpura.

»Idéntica gravedad presenta lo sucedido al barón Zillerstein, el conocido Mecenas de los artistas londinenses. Su Señoría, que pasa ya de una edad mediana y es bastante obeso, fué sorprendido por otra lluvia de moléculas radioactivas, las cuales lejos de producirle la transformación del color del pelo como a Mr. Hardinge, parecen haberle acribillado la piel en cuya superficie se observa una multitud de puntitos negros.

»Estas manchitas han causado al barón gran contrariedad. Inmediatamente después de los incidentes que acabamos de referir se dirigió rápidamente a los baños más próximos, pero ni las repetidas abluciones ni los baños calientes fueron parte a borrarle las motas.

»Un especialista que ha visitado al barón esta misma mañana afirma que las manchas son inalterables, a menos que no se invente un procedimiento



Cayó de «cuatro manos» sobre el pavimento...

chores ricos, prontos a lisiar o curar sus víctimas según les da. Debemos considerar la acción del doctor Tsarka como otra de sus excentricidades.

Un timbre eléctrico sonó furiosamente junto a Cólman con repique prolongado, cosa de medio minuto largo. Con la mano en el receptor el jefe de la Oficina Internacional se inclinó para oír el mensaje que según las apariencias había turbado personalmente al comunicante.

Gifford observó el rápido cambio que se operaba en el rostro de su jefe, según le llegaban las palabras por el aparato, y el aspecto de frígida consternación que pareció congestionarle las facciones.

- ¡Un momento, Rénwick! (Habla bruscamente con el receptor junto al oído.) Ha ocurrido el hecho más salvaje, una escena de comedia lunática que asombrará y excitará enormemente la atención del público londinense.

Entonces, como a una señal preconcertada, la calle comenzó a hervir con vocingleros vendedores de periódicos. La puerta interior de la Oficina cerróse con violencia y hasta Gifford llegaron voces excitadas de hombres que hablaban confusamente.

Después oyóse el *taftaseo* rápido de un auto que saliendo del *Scotland Yard* o Seguridad se dirigía hacia Westminster.

Antonio Cólman colgó el receptor y se reclinó en el respaldo de su sillón. Una sonrisa sardónica amenazaba relajar la fiera contracción de su boca cuando su mirada buscó la aguda vista de Gifford.

para extraer las moléculas ricas incrustadas en los poros. El barón ha determinado no dejarse ver en público.

»El paradero de Inouyiti se desconoce por completo. Dícese que salió del estudio inmediatamente después de la salvajada.»

Antonio Cólman miró inquisitivamente a Rénwick.

— Este asunto paréceme que es japonés hasta las cachas. La ceguera de la duquesa de Márister parece segunda edición de su aventura de usted con ese bandido de Tsarka. ¿Qué piensa usted sobre ello?

Gifford no quería aventurar ninguna respuesta sin haber visitado la escena de la tropelía. Que el artista Soto Inouyiti era uno de los familiares del doctor Tsarka lo sabía él positivamente. Sólo hacía unos meses que había visto siempre al joven y bello artista en compañía de Pepio. En aquel extracto que la prensa hacía del crimen, éste parecía inmotivado, caótico; porque, ¿qué podía ganar aquella pandilla japonesa con salvajada tan fantástica?

Cólman se agitó inquieto.

— Si esta última iniquidad queda impune, tanto la Seguridad como nosotros habremos de reorganizar nuestros métodos. Y los amigos del príncipe Hohenhoff se han dirigido a nosotros para que investiguemos...

— Temo que esos nipones se están burlando de nosotros, respondió Gifford. El Dr. Tsarka se mofa de lo que él llama nuestra falta de imaginación.

— ¡El canalla!, rugió Cólman. El y sus socios parecen haber descubierto en el radio un medio para destruir la energía humana. Por mi parte temo que seamos incapaces de luchar por falta de preparación científica con esa nueva escuela de criminales asiáticos que consideran el cegar a hombres y mujeres como un divertido pasatiempo.

Acompañó a Gifford hasta la puerta, permaneció allí un rato silencioso, escuchando las vociferaciones de los vendedores de periódicos y, después, pronunció su último consejo a su subordinado:

— Rénwick, ya ha estado usted en las garras del Dr. Tsarka; duro con él, que le haremos expiar en presidio sus hazañas. Le recomiendo que no le deje escapar. Este asunto está en manos de usted. No erremos el tiro esta vez. ¡Que vaya bien!

VIII

Gifford reflexionó brevemente dirigiéndose con apresuramiento al estudio donde Inouyiti había representado su inhumano carnaval. Era un edificio de tres pisos, de modesta apariencia, y había sido alquilado hacía unos meses por el artista japonés. El portero dió a Gifford muchos detalles no publicados en la prensa; porque aunque los porteros londinenses no son muy dados a la viveza de la percepción y observación, todavía, bajo la influencia de una propina en plata desarrollan a veces notablemente estas facultades.

El criado tomó la media corona que Gifford ofreció, y la guardó de un modo que atrajo inmediatamente la admiración del joven detective.

— Ya verá, señor; comenzó sin respirar apenas. Han venido últimamente una porción de señoras linajudas y caballeros de gran porte a visitar las obras pictóricas de Mr. *Innerwity*; los dos últimos días, sobre todo, parece que se habían citado aquí nobles y millonarios.

»Esta mañana Mr. *Innerwity* mostró una exhibición especial a unos pocos personajes realmente elegantes. Yo estaba en el segundo piso colocando un felpudo en el descansillo a la salida del ascensor. Mr. *Innerwity* — que es, señor, lo que usted llamaría un niño — me dió medio soberano para que mostrase yo a la duquesa la puerta cuando su carruaje se detuviese.

— ¿Había otros japoneses además de Inouyiti?, preguntó Gifford.

— No, señor. Esto era lo que se podría llamar exhibición de un solo hombre. Yo abría la puerta y el artista hacía los honores. Me olvidaba decir, señor, que el artista estaba vestido de blanco, como los guardias marinas, con una corbata, de lazo suelto, roja en el cuello y un anillo extraño de una piedra azul en su dedo de corazón.

El criado se detuvo para hacer una expansiva mueca al recuerdo de los procedimientos iniciales.

— Mr. *Innerwity*, señor, al ver apearse a la duquesa casi bailó un *cake-walk* y dijo no sé qué de la espontánea combustión de sus coloridos de «puesta de sol».

Gifford tuvo que reprimir las ganas de reír que le venían viendo al muchacho reproducir mimicamente

a varios críticos de arte que, evidentemente, habían visitado el estudio.

— Sigue, sigue, le dijo. Quiero saber más detalles acerca del barón.

— Pues bien, señor; la exhibición iba como una seda y no ocurrió nada hasta que los visitantes entraron en el salón rojo donde había un cuadro chiquito *La pagoda encantada*. El japonés invitó a las señoras a que la contemplasen mediante un juego de lentes de aumento. El cuadro no era mayor que un platillo, pero el marco dorado que lo sujetaba era grande; al mirarlo se sentía una impresión de hastío, por el aspecto triston de la pagoda donde suponen que viven los espíritus japoneses.

»En el estudio la conversación era muy animada. El barón *Sillystein* gruñó como un hipopótomo cuando la observó.

— Es demasiado pequeño, dijo a Mr. *Innerwity*. »Mil libras es mucho por una pinturilla que se le puede perder en el bolsillo del chaleco.

»El nipón hizo una zalema, y su flotante corbata roja ondeó como el ala de un papagayo.

— *La pagoda encantada*, dijo a la duquesa, es la obra de mi vida, una llama de color. La mira usted una vez y sólo ve el colorido. La vuelve a mirar y percibe el arte viviente de Soto *Innerwity*. Si la mira de nuevo, ¡oh!, entonces invade a usted el pálido temor del antiguo Japón, la veneración hacia los espíritus de los que murieron, el lamento de nuestros árboles, las voces de nuestras selvas, el palpitar del corazón de nuestras montañas.

»Así hablaba a los visitantes. Lo sé de memoria porque se lo oía repetir mil veces a los periodistas que acostumbraban venir a la exposición.

»Pues bien, la duquesa echó una ojeada por el estereoscopio, mientras que el barón sentado allí cerca se abanicaba con un abanico de palma de Mr. *Innerwity*.

»Vi bien lo que aconteció porque me hallaba entonces junto a la mampara del salón rojo esperando órdenes. Mr. *Innerwity* salió del estudio y fué a un pequeño apartado en la parte posterior de la casa, donde había instalada una serie de alambres y aisladores para comunicar con el estudio.

»Desde mi puesto detrás de la mampara, observé una especie de relámpago azul pasar por el estereoscopio por el que miraba la duquesa. Después un ventilador diminuto de cobre comenzó a silbar sobre la cabeza de Mr. Hardinge, y otro sobre el barón. Al principio creí que era un nuevo aparato para desodorizar y refrescar las habitaciones y personas. Pero el barón no pensó de este modo; dió un alarido envuelto en un juramento alemán que metía miedo. Cayó de «cuatro manos» sobre el pavimento diciendo que le había derramado en el rostro un jarro de salmuera; decía que sentía un tufillo de chamusquina en sus ropas.

»Mr. Hardinge se encontraba en un brete parecido. La rociada le cayó en el pelo y se lo puso del color de la pagoda. Pero tuvo mucha serenidad y prestó socorro al príncipe *Ouenoff* y a la duquesa.

»Esta señora casi se deshacía en lágrimas, señor; yo acudí y la hallé sentada en un canapé restregándose los ojos. El príncipe *Ouenoff* que acababa de mirar por el estereoscopio se friccionaba también los ojos.

El criado hablaba con la excitación de quien ha presenciado el crimen mayor de la centuria.

— Así iban las cosas, continuó, cuando entró en el estudio Miss Violeta Cranstone.

— ¿Miss Cranstone, la actriz?, preguntó Gifford.

— La misma, la famosa actriz cuyo retrato ve usted en todas las postales. Dícese que Mr. *Innerwity* está prometido en esponsales con ella. Si está bien que lo diga, señor, es una señorita preciosísima.

— Sigue, interrumpió Gifford impaciente. ¿Qué estaba haciendo Miss Cranstone a tal sazón en el estudio?

— No lo sé, señor; cuanto puedo decirle es que tomó el estereoscopio y contempló *La pagoda encantada*. Cuando yo la llamé se restregaba los ojos al igual que el príncipe y que la duquesa.

»Con las voces del barón que pedía frenéticamente baños, y las de las señoras que mutuamente se llamaban, el estudio parecía un pequeño infierno. Yo telefoneé al punto a la policía y en seguida vinieron dos médicos. La duquesa marchó en el auto del príncipe y los médicos se encargaron de conducir a los demás a sus respectivos domicilios. El barón se fué a unos baños de aquí cerca.

Gifford siguió al criado al interior del estudio y encontró en éste un grupo de noticieros empeñados en descubrir el misterio de aquella fenomenal salvajada.

Muchos de los cuadros, incluso *La pagoda encantada* habían desaparecido, y Gifford supo que un

hombre de aspecto extranjero con un carretón de mano se los había llevado unos minutos antes de la llegada de la policía. Una visita al taller del segundo piso le descubrió varios cuadros pequeños al óleo, juntamente con unos enrollamientos enredados de alambre de magnesio en el descansillo de la escalera.

Las voces de los reporteros sonaban confusas, cambiando de tono, comparando ellos las notas que tomaban y procurando cada uno encontrar un significado real al crimen del joven artista japonés. Soto no había pretendido sacar por amenazas dinero a sus distinguidos visitantes. Estos habían venido para contemplar sus cuadros y ultimar la compra de las obras.

Y, sin embargo, en el mismo momento en que la duquesa de Márister había mostrado deseos de adquirir una o más de aquéllas, el joven artista, deliberadamente, había salido del salón rojo para cegar e injuriar tan terriblemente a sus distinguidos protectores.

¿Con qué fines? ¿Cuáles eran los motivos de acción tan inicua? Los periodistas se retiraron dejando íntegro el misterio de la conducta de Inouyiti. Gifford, inclinado sobre la balaustrada, reparó súbitamente en una mujer alta, de rostro aberrenado que esperaba en la puerta inferior del estudio. Iba vestida con un especie de levitón gris y sus ojos parecían escudriñar cautelosamente todos los rincones del estudio.

— ¿Está aquí Mr. Inouyiti?, preguntó con voz alta. ¿Harían el favor de decirle que está aquí la señora McGuire?

El sonido de aquella voz llegó hasta Rénwick con fuerza sorprendente; y, de repente se acordó de la mujer limpiacapas que le había sacado del encierro en la del Dr. Tsarka, después que el diminuto especialista neurálgico le había dejado ciego y medio narcotizado en el dormitorio contiguo al laboratorio.

Bajó silenciosamente la escalera y se le presentó delante repentinamente.

— Dispense usted, dijo vivamente. ¡Creo que ya nos conocemos!

Al verle, la mujer enrojeció hasta un rojo subido, pero con una risa natural pareció recobrar el dominio de sí misma.

— Estoy cierta de lo contrario, respondió. Soy completamente nueva en esta parte de la ciudad.

— Pero nos vimos en casa del Dr. Tsarka, aquella mañana en que fué usted a limpiar la casa desalquilada. ¡Me parece que me entiende usted!

En el rostro aberrenado de la irlandesa se reflejó una contrariedad inmensa.

— No me acuerdo, caballero, repuso; de lo contrario no tenía por qué hacerme la desentendida.

— Bueno, bueno; siempre que alguien de la familia Tsarka abandona una casa o un estudio, usted se presenta al punto. ¡Es curioso! Oculta usted la verdad.

La irlandesa prorrumpió en un torrente de explicaciones invocando el cielo y la tierra para que testimoniasen la verdad de sus palabras.

Entonces Gifford cambió rápidamente de táctica. La fortuna de su jefe, su propio porvenir dependía del pronto descubrimiento del crimen de Inouyiti. Aquella mujer sabía algo pero negaba, confiada de que la reciente ceguera del detective le impedía identificarla.

Acercándose al teléfono de la portería simuló diestramente que telefoneaba a la Seguridad:

— Envíen un agente al Estudio Inouyiti, Plaza de Cumberland, pronunció fuerte y claramente en el aparato. Hay una persona aquí a la que quiero detener.

La mujer tembló violentamente y echóse a llorar cuando Rénwick cerró con llave la puerta del pasillo de salida.

— Señor; le diré toda la verdad, seré fiel a usted si evita a una pobre mujer como yo la vergüenza de ir presa.

— ¿Quién la ha enviado aquí?, responda pronto y al grano, pues si no le pesará.

— Mr. Inouyiti me ha pedido por favor que suba al salón del primer piso. Es sólo un muchacho, señor y me daba lástima verle tan apurado.

Su voz la interrumpieron los sollozos, y por sus arrugadas mejillas corrió seguidamente un raudal de lágrimas.

— No me envíe usted a la cárcel, señor; soy una vieja mala, pero no ladrona; ¡oh, no soy ladrona, señor!

— Vamos a ver. ¿Por qué ha venido usted? ¿Por papeles o documentos que se han dejado? ¿Algún a carta?

— No, señor, zollipó amargamente la irlandesa, limpiándose las lágrimas con un gran pañuelo. El

señorito Inouyiti ha dejado uno de sus dedos en el primer piso. Una retorcida súbica de un alambre se lo seccionó por la juntura.

Gifford sonrió astutamente.

—Vamos, buena mujer; dígame la verdad. Esas necias paparruchas de nada le servirán.

—Es que no era el dedo de carne, protestó llorosamente la mujer. Era de caucho y lo usaba para salir, y tiene un resorte dentro. Debe de estar por el salón, señor; si lo encontramos se convencerá usted de la verdad de mis palabras.

Gifford reflexionó breves momentos; y luego, con el ardor de un joven de doce años, comenzó una rápida busca por el estudio. La policía continental podría ayudar a descubrir el misterio de las inexcusables operaciones del Dr. Tsarka una vez que pudiese probar que uno de los principales actores de su cuadrilla era aquel artista joven, de cuatro dedos. Entonces ya no dudaba Gifford de que los japoneses se movían con la ayuda de emisarios y asociados extranjeros.

Un grito de la irlandesa le hizo cruzar de un salto la habitación. La mujer estaba junto al busto de un guerrero *samurái* y en la palma de su mano tenía un dedo pequeño de color de carne.

—¡Démelo!, dijo a la irlandesa tranquilamente, y haga usted el favor de no moverse durante unos instantes.

Gifford reprimió un gesto de asombro al examinar el dedo postizo de Inouyiti. Era flexible y elástico, y estaba modelado con delicadeza suma. Provisto en su juntura extrema de un resorte con que adaptarlo a la mano, parecía tan resistente como un dedo real. Rénwick comprendió en aquel momento algo del consumado arte que posibilita a los criminales japoneses despistar a los detectives europeos y americanos.

Aquel dedo postizo se le había seguramente caído al artista en su salvaje apresuramiento para escapar del estudio cuando sus víctimas se habían dado cuenta de la trampa infame en que habían caído.

Una observación más concienzuda de las respuestas que dió la mujer a sus preguntas tendenciosas, convenció a Rénwick de que aquella irlandesa sólo había servido al Dr. Tsarka de recadera y asistenta en las faenas domésticas.

—¿Cómo se comunicó Inouyiti con usted para decirle que viniese en busca de este dedo?, y Gifford le mostraba el hallazgo.

La irlandesa respondió con todos los visos de veracidad:

—En la casa en que vivo viven también unas enfermeras que tienen teléfono; y siempre que el doctor o el Sr. Inouyiti querían mandarme a algún recado, me avisaban por el aparato.

Gifford se echó al bolsillo del chaleco el dedo postizo, seguro de que podría seguir la pista del joven pintor más fácilmente que la de su *confrère* Tsarka.

La irlandesa dijo llamarse Rosa McGuire, y Gifford, después de haber buscado más por el estudio, la permitió volviere a su casa. Sin embargo, tuvo cuidado de apostar junto a ésta un par de agentes listos, en espera de que tal vez antes de la noche Inouyiti se presentaría por los alrededores de la casa.

En las calles encontró multitud de cartelones profusamente iluminados suspendidos en las tablillas de noticias. Algunos tenían títulos referentes al «Barón Manchado» y el «Millonario de patillas azules». Otros eran más serios, y la mayor parte se ocupaban, con largos comentarios, en la intempestiva entrada de Miss Cranstone en el estudio.

Ocurrióle a Gifford la idea de que una visita a la celebrísima actriz arrojaría más luz sobre el asunto. Dudando de lo que se decía acerca del amor de Inouyiti hacia Miss Cranstone, Gifford presentía que aquella misteriosa tragedia habría abrazado en sus tramas a la actriz, porque eventualmente el pequeño artista habría tenido necesidad de relacionarse con ella. Pero de lo que estaba cierto era de que Inouyiti jamás había pretendido dañarla en modo alguno.

En un periódico de la noche leyó Gifford la dirección de Miss Cranstone en South Kensington. Una rápida caminata hacia este paraje le ayudó a despejar la cabeza, y mientras buscaba el número del domicilio de la actriz en la fila de semiaristocráticas casas, iba pensando si se encontraría allí con el inevitable enjambre de noticieros.

Salió al repique del timbre un elegante botones, y, en el interior, le recibió una señora canosa y vestida de negro que inmediatamente le dijo:

—Mi hija ha sido víctima de una conspiración perversa.

La tarjeta de Gifford con el sello de la Oficina

Internacional de Investigaciones allanó el camino para las confidencias de la señora Cranstone.

Su hija estaba en aquellos momentos en su habitación donde esperaba la visita de un segundo oculista a quien habían llamado para que examinase sus ojos abrasados por el radio. El primero que la había visto, una de las celebridades médicas de Londres, la había desahuciado por completo, afirmando que el tronco del nervio óptico había quedado destruido por una potente infusión de alguna substancia radioactiva.

Gifford escuchó atentamente la narración que la señora Cranstone hizo de la visita de su hija al Estudio de Inouyiti. Violeta había ido con la esperanza de ver *La pagoda encantada*. Era mucha verdad que el artista japonés se había enamorado locamente de su hija y que las había visitado algunas veces en su casa.

Gifford entró con la señora Cranstone en una habitación donde sólo lucía una luz velada. En un canapé, con el rostro ligeramente descubierto, yacía una joven de diez y ocho a diez y nueve años de edad. Rénwick percibió el terror pánico que torturaba los nervios de la actriz, pues él mismo había sufrido idénticos tormentos cuando Horubu, con la esponja de radio, casi le había arrebatado de su mente la luz de la razón.

Pero aun bajo la impresión del terror que la hacía temblar a cada ruido inesperado, Gifford contempló la sutil belleza de su rostro de puras líneas británicas. Yacía la joven tranquila, como una flor medio marchita, rotos su tallo y pétalos después de la furia del huracán.

Sentóse cerca de ella, sin atreverse a romper el silencio, el silencio que él había sentido cuando los demonios rádicos le bailaban en el cerebro. La joven lloraba silenciosamente, ignorando la presencia de un extraño; y en cada gemido, Gifford percibió el hálito de la lamentable tragedia.

La señora Cranstone habló, con sus manos apoyadas en las de su hija:

—Hemos sentido hoy la necesidad de la existencia de un poder superior, Sr. Rénwick. Esta mañana cuando vi salir de mi casa a mi Violeta parecíame que había Dios creado el día para ella sola. Las madres somos débiles y egoístas; nos enorgullecemos del talento y beldad de nuestras hijas. ¡Después estalla el rayo, y no somos más que ceniza! ¡Mire mi hija!

Durante su carrera, Gifford había presenciado escenas patéticas al tratar con las desgraciadas víctimas del crimen; pero nada le había conmovido tan vivamente como la desesperación de aquella actriz cegada por el radio.

Las palabras de su madre la sacaron de su estupor, y hendió sus manos en los cojines del canapé, como si las quisiera apartar de las punzantes llamaradas de luz que rasgaban la lobreguez en su alrededor.

—No puedo soportar más esta agonía, mamá. Al principio sólo veía una telilla de color; ahora es una especie de rueda de fuego, un tormento de rayos violados.

Gifford la habló dulcemente, para no estremecer con sus palabras los sentidos de la joven torturada por el radio. Le refirió cómo había caído él en manos de unos científicos neurálgicos japoneses, que había estado unos días completamente ciego después de haber pasado unas cuantas horas de un delirio inefable de colores, hasta que Beatriz Messonier le había libertado de las tinieblas y del dolor por medio de su arte mágico y de su ciencia.

Miss Cranstone le oyó describir su pasada ceguera, la noche de horror transcurrida cuando las ruedas de color dantesco invadían el centro de sus nervios con un torbellino de fuego blanco.

—Sin embargo, dijo él consoladoramente, hoy me encuentro bien. Y aunque no me trae aquí el recomendar a oculista ni médico alguno, no puedo dejar de indicar como un recurso, quizá único, el Instituto Messonier.

La señora Cranstone quedó tan impresionada por las palabras de Rénwick, que apenas podía detener el vivo deseo de ponerse al instante en comunicación con Beatriz.

Violeta Cranstone permaneció inmóvil en el canapé, notando que aquella esperanza obraba en ella a manera de un narcótico. No obstante, por los repentinos temblores de su rostro, Gifford conoció que los trasgos de color punzaban el cerebro de la joven con saetas blancas y rojas.

La señora Cranstone la abrazó fuertemente, como si su palpitante corazón pudiese contener las cataratas de fuego que rugían y se precipitaban ante el rostro sin vista de su hija. Y Gifford vió que aquellos labios maternos dejaban escapar instintivamente

una plegaria, como las madres de las ciudades de Herculano y Pompeya rogarían, abrazadas a sus hijos, cuando vieron descender del monte el igneo aluvión que amenazaba engullirlos.

Como la madre de Gifford, la señora Cranstone era viuda sin más apoyo que los esfuerzos de su hija para mantenerse en la situación que les correspondía en la sociedad.

La paga de Violeta, aunque no abundante, había bastado para pasar casi desahogadamente los períodos más críticos de su existencia. Parecía una salvaje ironía del destino el que Violeta Cranstone hubiese entrado en el estudio en el momento en que los esquemas lunáticos de Inouyiti se estaban realizando. Gifford suspiró al contemplar el cuadro que madre e hija ofrecían.

El sonido del timbre eléctrico le sacó de aquella breve depresión de espíritu, y el criado entró silenciosamente para anunciar la visita de Sir Floyd Garston. Gifford levantóse inmediatamente de su asiento y agradeciendo a la señora Cranstone sus atenciones y significándole sus simpatías se retiró.

En el salón se topó con Sir Floyd. La mano del eminente oculista se posó amigablemente sobre el hombro de Rénwick.

—Buenas noches, Mr. Rénwick, exclamó jovialmente. Este nuevo ataque rádico nos ha puesto otra vez en el mismo camino. ¿Bastante extraño, eh?

Gifford contestó con una trivialidad sobre el suceso, y, por su abstracción mental, iba distraídamente a retirarse cuando la mano del oculista volvió a detenerle.

—Mire usted, Mr. Rénwick. En este caso sus consejos e informes nos pueden ser muy útiles a los oculistas. Le agradeceré unos momentos de conversación después que haya yo visitado a Miss Cranstone.

Gifford le esperó en el recibimiento y el anciano oculista entró apresuradamente a visitar la aterrorizada joven a quien su madre no abandonaba ni un momento. La voz apartada de Sir Floyd le llegaba de vez en cuando, y al joven detective la consulta o visita le pareció breve y patética.

Al cabo de unos minutos abrióse la puerta, y Gifford, maravillado de la repentina familiaridad de Sir Garston, le acompañó hasta el carruaje que esperaba fuera.

—Suba usted, pronunció alegremente el oculista. Deseo ardientemente hablar con usted, Mr. Rénwick; pues creo en verdad ser usted la única persona que ha sobrevivido a este nuevo producto del laboratorio moderno.

Gifford inclinóse como quien se prepara a escuchar una declaración importante.

—Es justo, continuó Sir Garston, que yo como respetuoso servidor de los antiguos y nuevos elementos, confiese mi incapacidad para tratar o aun diagnosticar correctamente esta plaga dolorosa inventada por una cuadrilla de japoneses insanos.

—La ciencia progresa, señor; fué lo único que se le ocurrió a Gifford responder.

—Salta, amigo mío, salta, y nos deja a muchos en la ignorancia. Durante treinta años he recibido pruebas del más sincero aprecio de los más encumbrados personajes de la nación. Y... como todos los «artistas», me he contentado con pavonearme en el aura de una reputación bien adquirida. Con el crecer de los años y de la fama ha decrecido mi interés en los estudios experimentales. El advenimiento de Curie sólo parcialmente dominó mi atención. He mirado el radio como un mero descubrimiento, no como base de una revolución científica.

El coche de Sir Garston iba a paso de andadura entre el rápido tránsito de los autos, circunstancia que a Gifford se le representó como imagen simbólica del atrasado oculista que en frente de él veía, aquel antes celebrado oftalmista que había consentido a la nueva ciencia, al nuevo movimiento científico, pasar junto a sí rápidamente quedándose él a la zaga con sus antiguallas oftalmológicas.

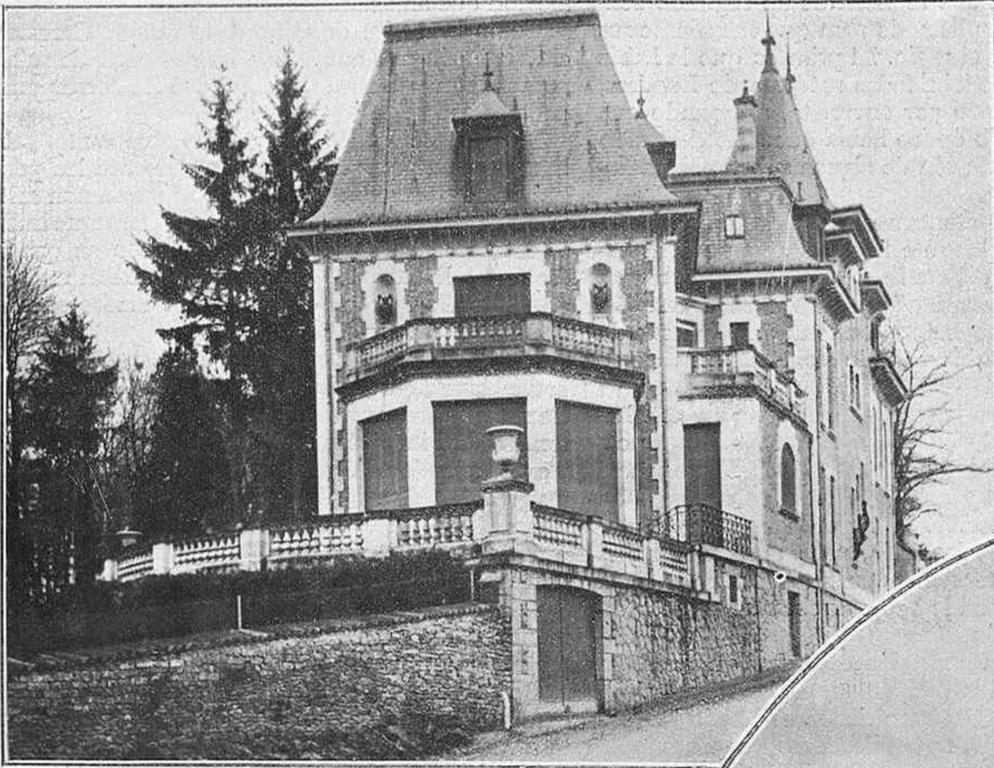
—Hoy día, prosiguió Sir Floyd, hay en el mundo sólo tres especialistas del radio: Laban Steiglitz, de Berlín; Emile Roche, de París; y nuestra Beatriz Messonier, añadió con un gesto de impaciencia.

—¿Se puede decir que es igual a Steiglitz?, preguntó Gifford.

—Es superior a él. El alemán tiene método y pasión genuina por los experimentos. Beatriz Messonier tiene el don de Cristo, superior a todo arte y estudio, como el poder del Nazareno era superior al de los médicos de Judea. De manera que... (caviló un poco antes de completar la frase) no hay más recurso sino aconsejar a la duquesa de Mária y al príncipe Hohenhoff que consulten en seguida a la señora Messonier.

(Se continuará.)

EL NUEVO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA RAIMUNDO POINCARÉ



La finca que el Sr. Poincaré posee en Sampigny, departamento del Mosa. (De fotografía de Levy, comunicada por Carlos Trampus.)

Raimundo Poincaré nació en Bar-le-Duc en 20 de diciembre de 1860 y en el Liceo de aquella ciudad hizo sus primeros estudios, conquistando en todos los cursos numerosos premios por su talento y por su extraordinario amor al estudio. A la edad de diez y seis años fué a París, en donde se licenció en la facultad de Letras y comenzó la carrera de Derecho que, en 1879, hubo de interrumpir para cumplir el servicio militar.

Terminado éste y concluidos sus estudios universitarios, inscribióse en el Colegio de Abogados de París y muy pronto se conquistó uno de los primeros puestos en el foro.

En 1886 entró en la política como jefe de gabinete del ministro de Agricultura Sr. Develle en el ministerio Freycinet; mas no por esto abandonó la abogacía, a cuyo ejercicio volvió a dedicarse en 1887. Era ya entonces consejero general del cantón de Pierrefitte y al año siguiente fué elegido diputado por el distrito de Commercy, que representó sin interrupción hasta 1902, en que pasó a ocupar un puesto en el Senado.

En 1890 fué miembro de la comisión de presupuestos y en 1893 ponente de la misma; en este mismo año se le nombró ministro de Instrucción Pública en el primer gabinete Dupuy y de Hacienda en el segundo, constituido un año después. Al subir Ribot a la presidencia del Consejo, en enero

de 1895, le confirió nuevamente la cartera de Instrucción Pública; caído aquél, a fines de dicho año, Poincaré continuó desempeñando en el Parlamento el papel importantísimo que le aseguraban su autoridad personal y su elocuencia, pero rechazó todas las carteras que le ofrecieron, hasta que en 1906 aceptó la de Hacienda en el ministerio Sarrien. Poco tiempo después dimitió por estar en desacuerdo con la comisión de presupuestos a causa de su proyecto de impuesto sobre la renta.

Elevado a la presidencia del Consejo de Ministros en enero de 1911, su gestión como tal y como ministro de Negocios Extranjeros ha constituido uno de los más brillantes períodos de la política francesa contemporánea.

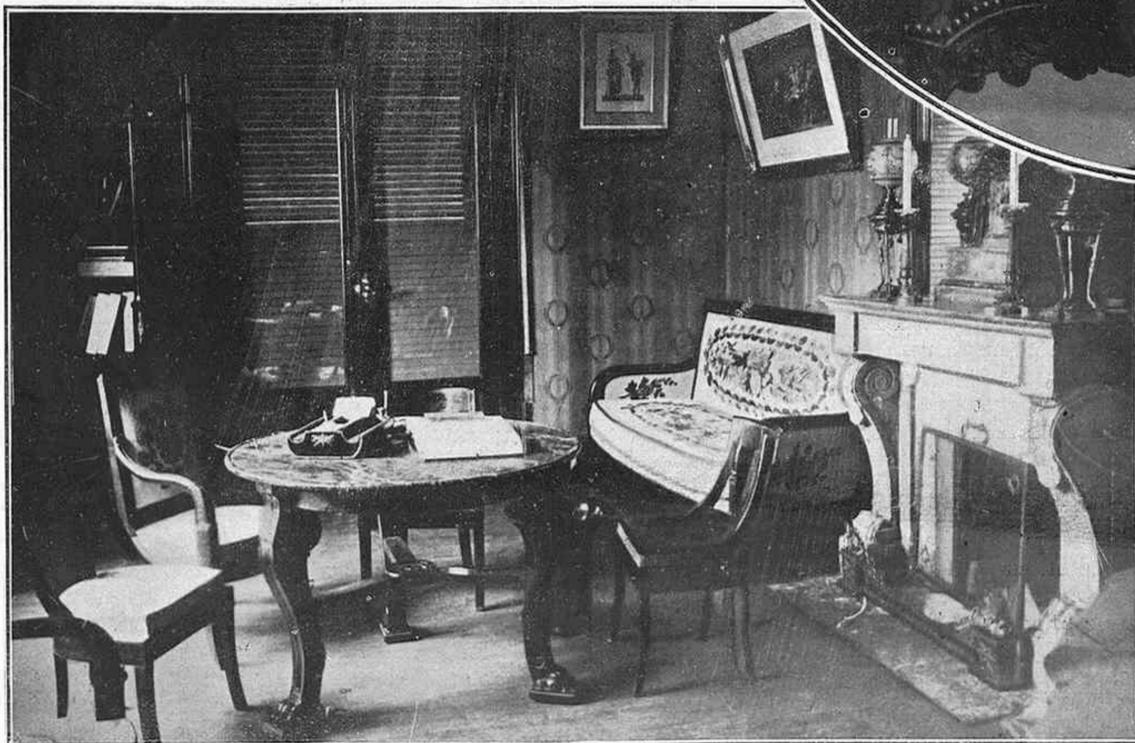
Desde 9 de diciembre de 1909 es miembro de la Academia Francesa, que le acogió no sólo como gran hombre de Estado, sino también como literato eminente, pues sus trabajos de abogado y su labor política no le han impedido escribir algunas obras muy notables, entre ellas *Idées contemporaines* y *Vues politiques*.



La señora de Poincaré, esposa del nuevo presidente de la República. (Fotografía de Art Femina.)

La señora de Poincaré es oriunda de Italia y se llamó de soltera señorita Benucci; casóse en primeras nupcias con el Sr. Bazire y hace pocos años divorcióse de éste y contrajo segundo matrimonio con su actual marido. Es joven, guapa, elegante y distinguida, y aunque italiana de origen, tiene todo el *chic* de una verdadera parisiense. Su presencia en el Eliseo ha de dar forzosamente mayor brillantez a las solemnidades que en el palacio presidencial se celebran y a cuyo esplendor tanto pueden contribuir las condiciones personales de la presidenta.

En el departamento del Mosa, en Sampigny, posee el Sr. Poincaré una hermosa finca, en la cual ha solido hasta ahora pasar los veranos. Allí, en la tranquilidad de aquel parque frondoso, gustábale olvidar los cuidados de la política; allí sin duda le agrada ir a descansar, durante su septenado, de las pompas del Eliseo y de las cacerías oficiales de Marly y Rambouillet. — S.



Despacho del Sr. Poincaré en su finca de Sampigny. (Fot. de Levy, comunicada por C. Trampus.)

«LA TUNA JOVELLANOS»

Procedente de Zaragoza y de paso para la Habana ha estado unas horas en nuestra ciudad la estudiantina gijonesa *La Tuna Jovellanos*, compuesta de 32 jóvenes. Visten éstos el clásico traje estudiantil y tocan violines, guitarras, bandurrias, cítaras y una flauta; y uno de ellos, vestido con el típico traje asturiano, toca la gaita. Dirígelos el maestro Alfonso Vega y llevan la bandera regional de Asturias, con el escudo de Pelayo en el centro.

En la tarde del día de su llegada fueron a las Casas Consistoriales, en donde los recibió el alcalde Sr. Sostres, a quien obsequiaron con un pequeño concierto, ejecutando con gran precisión un potpourri de aires asturianos y otro de aires españoles



Barcelona. - «La Tuna Jovellanos», de Gijón. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

que les valieron muchos aplausos. Muy aplaudido fué también el gaitero, que tocó admirablemente una danza popular de Asturias.

El alcalde los felicitó, deseándoles un buen viaje y haciéndoles un importante donativo.

Desde la Casa de la ciudad dirigieron los gijoneses al Centro Hispano-Americano, en donde tocaron algunas composiciones y fueron obsequiados con un lunch.

Al día siguiente embarcaron en el vapor *Manuel Calvo* con rumbo a la capital de Cuba.

El objeto del viaje de *La Tuna Jovellanos* es devolver a la colonia asturiana de la Habana la visita que gran número de individuos de ésta hizo hace tiempo a Gijón, en donde con tal motivo se celebraron grandes festejos.

¿SUFRE V. DEL ESTÓMAGO,

del hígado o de los intestinos? Por la mañana, al levantarse, ¿tiene V. mal gusto o aguas de boca? ¿No tiene V. apetito y le causan repugnancia ciertos alimentos? Después de las comidas, ¿tiene V. dolor o pesadez de cabeza, somnolencia, eructos, plenitud y pesadez de estómago, acidez, vértigos, hinchazón, desvanecimientos, sofocación, palpitaciones, náuseas, indigestiones, vómitos o ja-

quecas? ¿Tiene usted dolor de estómago, dolor de vientre o dolores en la espalda? ¿Tiene usted diarrea o estreñimiento? ¿Se le pone con frecuencia la garganta irritada, la boca seca o el aliento fétido? ¿Siente usted malestar general, decaimiento o ineptitud para el trabajo? ¿Tiene usted insomnios o pesadillas? ¿Está usted triste, nervioso y melancólico sin que nada le divierta ni le anime? Es porque su estó-

mago está enfermo, porque funciona mal y digiere peor. El **GASTROL MIRET**, digestivo de gran potencia, anti-gastrálgico eficaz, tónico y desinfectante de las vías digestivas y rápido descongestionador de la mucosa gastro-intestinal; normaliza las funciones del aparato digestivo y alivia y cura pronto y bien sus enfermedades por rebeldes y antiguas que sean. Con su uso, se digieren con facilidad

y sin molestia los alimentos, poniéndolos en condiciones de ser bien absorbidos y asimilados por el organismo; el cual en consecuencia se nutre bien, recuperando el vigor que a causa de digestiones defectuosas hubiese perdido. Ensaye usted un frasco y se convencerá de sus maravillosos efectos. Pida y exija precisamente el **GASTROL MIRET** en las principales farmacias y rechace cualquier otro producto o imitación que se le ofrezca en su lugar. A cada frasco acompaña un librito muy interesante para los enfermos del estómago e intestinos, que remito también gratis por correo a quien lo pida.

NATALIO MIRET, Farmacéutico, Verdi, 63. Barcelona. - Agente exclusivo para la exportación: JACINTO VIÑAS Y MUXÍ, Barcelona (España).

DE VENTA EN TODAS PARTES

FUMISTERIA CAÑAMERAS
Fundada en 1850

COCINAS MODERNAS
GRAN VARIEDAD DE MODELOS
TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS, MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1919
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120
BARCELONA
Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

Instituto politécnico FRANKENHAUSEN (Alemania)
Enseñanza de la construcción de máquinas en general y para la agricultura. Electro-técnica, Arquitectura.

SELLOS DE CORREO AUTÉNTICOS
LISTA DE PRECIOS GRATIS
COMPRA - CAMBIO - VENTA
RODOLFO KEIL, GABLONZ a/N AUSTRIA

ZEISS GEMELOS
PARA VIAJE, DEPORTE Y CAZA
PIDASE EL PROSPECTO (T. 224)
De venta en todos los Establecimientos de Optica, y por
CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA
Berlín - Hamburgo - Milán - Londres
París - San Petersburgo - Viena - Tokio

Máquina de escribir
UNDERWOOD
10 Grandes Premios * 500.000 Referencias
GUILLERMO TRÚNIGER & C. * BALMES, 7 * BARCELONA

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplee el **PILIVORE DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



La plaza de San Marcos de Venecia, cuadro de Fernando Cabrera

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES
JORET HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F.^a G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PARA CURAR SIN MOLESTIA CALLOS Y DUREZAS CALICIDA ESCRIVÁ
 ES EL ÚNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

PÍDASE PROSPECTO J.A.

LEITZ

GEMELOS PRISMÁTICOS
 PARA
 EJÉRCITO Y MARINA
 VIAJE Y SPORT
 TEATRO Y CAZA
 SE VENDEN EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR
E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)

INNSBRUCK, TIROL
 ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO
 HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE
 FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEE

Paris

PUREZA DEL CUTIS
 LAIT ANTÉPHELIQUE
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el outis limpio y tenno

Paris

16, St-Denis, 16

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
 El mas activo y economico, el unico Inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

PLAZA · D · LA · UNIVERSIDAD · 5 · MOSAICOS BARCELONA
ORSOLA · SOLA · Y · C